

VOLVER A EMPEZAR

H. S. THELS

COLECCIÓN ESPACIO

Volver a empezar

Por H. S. Thels

Ediciones TORAY

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA PRINTED IN SPAIN

Printed in Spain - Impreso en España

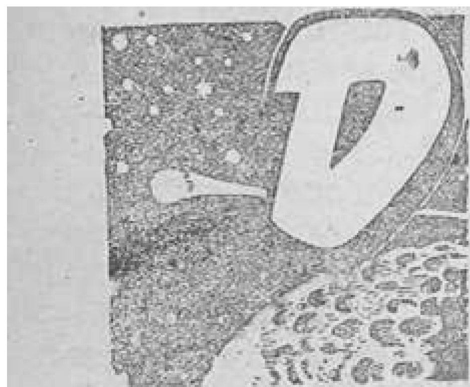
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

Volver a empezar

H. S. Thels

CAPÍTULO PRIMERO

VOLVER A EMPEZAR



ÍA veinticuatro de agosto de 1993…

La Humanidad acababa de volverse loca.

Desde uno de los satélites artificiales, pocos momentos antes de saltar desintegrado, el espectáculo que ofrecía la superficie del Globo era sencillamente horroroso.

Los hombres de aquel satélite artificial, sabiendo que iban a morir sin remedio, como les había ocurrido a los de los demás satélites, observaron aterrorizados el triste destino que parecía sufrir la Tierra.

Casi hasta ellos subían las nubes radiactivas que producían los explosivos nucleares que asolaban el Planeta,

La horrible guerra mundial había estallado…

Millares de aviones supersónicos, verdaderos gigantes del espacio, atravesaban todos los cielos y por todas las latitudes, dejando caer su mortífera carga de bombas atómicas.

Nadie sabía exactamente cómo se habla declarado aquella horrible contienda Fue algo tan inesperado y terrible a la vez, que sorprendió a las mayorías de las poblaciones dedicadas al trabajo cotidiano y a mil leguas de pensar en el peligro que se cernía sobre ellas.

Nadie supo tampoco jamás quién fue el primero en lanzar las escuadrillas al aire y mucho menos quién fue el primer piloto que dejó caer sobre una ciudad la primera bomba nuclear.

Instantáneamente, la Tierra, vista desde los satélites artificiales, empezó a hervir, como si centenares de volcanes, hasta entonces callados, se hubiesen puesto a vomitar fuego y humo de repente…

Los pilotos voluntarios de los satélites artificiales, casi todos hombres de ciencia que se habían expuesto a los mayores peligros para estudiar la posibilidad de abrir paso a los hombres hacia las rutas del Espacio, contemplaron horrorizados que aquella Humanidad por la que se habían sacrificado, había perdido definitivamente la razón.

No podía haber esperanza alguna para los que yacían bajo las densas humaredas radiactivas producidas por las bombas.

A las nueve de la mañana de aquel fatídico día 24 de agosto de 1939, la primera bomba de hidrógeno estallaba en pleno corazón de Londres, reduciendo a ceniza la tercera parte de la ciudad.

Muy poco después, a las once de la mañana exactamente, dos bombas de cobalto desgarraban el espacio, estallando a dos mil pies sobre Moscú y Leningrado que, automáticamente, dejaron de existir como ciudades.

Aquello no fue más que el principio.

A partir de mediodía, miles de aparates surcaban el aire de Europa y, al mismo tiempo, un centenar de proyectiles transcontinentales salían de las costas de los Países Bálticos hacia las tierras de América.

Proyectiles teledirigidos de interceptación, salidos de sus bases de Alaska y Tierras Polares, a la urgente llamada del radar, destruyeron parte de aquellos ciegos bólidos que surcaban el espacio a cinco mil kilómetros a la hora,

Pero el resto, con sus espoletas de hidrógeno y su carga de cadmio en polvo, cayeron mortalmente sobre las grandes urbes estadounidenses, sembrando la destrucción y el pánico en el Nuevo Continente.

La alarma cundió por el mundo entero.

Ante la locura de los hombres, ciudades enteras quedaron completamente abandonadas.

Millares de seres, con los ojos desorbitados por el espanto y dejando todo lo que poseían en sus casas, abandonaron las ciudades, corriendo en cualquier forma y de cualquier manera a los grandes espacios abiertos.

Desgraciadamente, de poco les sirvió la huida.

A partir de la quinta explosión, se observó un total cambio en la meteorología terrestre.

Parecía como si los elementos de la naturaleza protestaran y se rebelaran ante tanta barbarie.

Los cambios climáticos fueron tan rápidos y profundos que los humanos se percataron, muy tarde por cierto, de que habían llegado demasiado lejos.

Ondas heladas surcaron los trópicos haciendo perecer a cientos de miles de animales que no estaban habituados a tan extremas temperaturas. Por otra parte, desde ambos Polos empezaron a

desprenderse millones de icebergs, licuándose el resto de la superficie helada, ya que la Tierra, sin que sus habitantes se hubiesen dado cuenta, había aumentado su movimiento de cabeceo, produciéndose un des equilibrio total de su posición en el Espacio.

A las dos de la tarde de aquel día, el termómetro marcaba cuarenta grados sobre cero en las tierras de Finlandia.

En Europa continental las cosas ocurrían de inversa manera y cuando las grandes unidades navales surcaron el Mediterráneo, para apoyar las series de desembarcos estratégicos previstos por los Ejércitos en lid, se aterrorizaron al ver que, a partir del estrecho de Mesina, la superficie del mar se había helado por completo.

El fulminante deshielo de los casquetes polares produjo, como era de esperar, ün tremendo aumento de la cantidad de agua, lo que hizo subir velozmente el nivel de los océanos.

Cientos de ciudades costeras en todo el mundo y millares de pueblos, situados a la orilla del mar, fueron invadidos y tragados por las aguas, sin que ninguno de sus desdichados habitantes pudiera hacer nada para salvar la vida.

Durante toda la tarde, la batalla con armas atómicas, de hidrógeno, de cobalto y cadmio prosiguió sin descanso.

Hacia el anochecer, un falso anochecer, ya que las explosiones hacían que en muchas regiones del Globo fuese de día constantemente, la mayor parte de los Ejércitos, dominados por el terrible éxodo de enloquecidas criaturas, imposibles de dominar, se habían disuelto, uniéndose definitivamente a los fugitivos que se dirigían hacia cualquier parte.

Aquello pudo hacer pensar a algunos que el nuevo día traería el final de la locura colectiva y que la paz vendría con el sol, cuando éste surgiese de nuevo para iluminar el desastroso espectáculo de la Tierra.

Pero aquellos infelices que se atrevían a pronosticar un rápido final de la contienda ignoraban que sus promotores, bajo los gigantescos refugios, dotados de todas las comodidades, no se habían percatado de la horrible catástrofe que habían provocado.

Para ellos, la guerra seguía y a cada bomba enemiga que caía sobre los territorios de su soberanía contestaban con diez más, que eran dirigidas aí corazón de los países contra los que luchaban.

Parecía que los aviones no iban a acabarse nunca.

De todas partes, en todas direcciones, los aparatos seguían surcando el aire, infectado ya de radiactividad, cumpliendo sus objetivos ciegamente, gracias a los cerebros electrónicos que eran capaces de seguir la lucha cuando las mentes humanas habían perdido ya su capacidad de raciocinio.

De todas formas, en las primeras horas de la mañana del día siguiente, cüando el 25 de agosto de 1999 había amanecido, el noventa y ocho por. ciento de los aviadores era ya víctima de las radiaciones nucleares y ciegos, con los rostros quemados y la piel llena de repugnantes pústulas, se abandonaban por completo y dejaban que sus aparatos fuesen a estrellarse donde fuese.

Hacia mediodía, ningún avión de nacionalidad alguna volaba ya...

Fueron verdaderamente las horas de descanso general en que se dejaron de oír las horribles explosiones de las bombas.

El silencio, hasta para los qué se hallaban refugiados en los campos y bosques, parecía mucho más alucinante que el estruendo de los proyectiles..

—Pero en el interior de los refugios subterráneos, lejos de los efectos de las bombas y de las radiaciones, los directores de la contienda seguían destilando odio y rencor, incapaces de comprender que TODO había terminado.

Fue entonces cuando los «robots» se hicieron cargo de las armas que los hombres eran incapaces de manejar..

Desde 1978, después de importantes descubrimientos electrónicos, las naciones, se habían lanzado a fabricar hombres mecánicos de gran perfección y que fueron en parte destinados a relevar a los hombres en los trabajos peligrosos, poblando el interior de las minas y volando a velocidades fantásticas en ios proyectiles y cohetes de ensayo.

Pero, prudentemente y vista la tensión internacional que desde el final de la Segunda Guerra Mundial se hacía cada vez más intensa, millones de aquellos «robots» fueron adiestrados para el uso de las armas, manteniéndolos ocultos hasta que su hora «H» sonase.

Ahora, ciegos a toda piedad, movidos por las implacables leyes de la electrónica, salían de sus refugios en densas formaciones, movidos por el odio que destilaba el corazón de los hombres.

Su misión sobre la Tierra era nefasta, ya que no existían Líneas militares, ni límites nacionales y que las gentes, mezcladas y unidas por el solo horror a la hecatombe, no habían mirado lenguas ni costumbres para huir en manada indiferente hacia los lugares que consideraban seguros.

Mientras nuevos aviones, pilotados esta vez por hombres de metal, recomenzaron el tremendo bombardeo del día anterior, masas de «robots» dirigidos por ondas, iniciaron la más absurda «ocupación» de los territorios «conquistados».

Ciegamente barrieron grandes extensiones ocupadas por los fugitivos que, tremendamente diezmados, continuaron su desastrosa huida para caer en las manos de otros grupos de «robots» que avanzaban al encuentro de los que acababan de ver.

No pueden existir palabras para poder pintar el horror de aquellas escenas que, más que otra cosa, parecían haber sido creadas por el disparatado espíritu del mayor de los dementes.

¡«Robots» contra seres humanos!

La ciencia tomaba su definitivo desquite y expresaba definitivamente, quitándose la máscara que hasta entonces había ocultado su verdadero rostro, su deseo morboso de dominar al hombre y llegar hasta donde él no pudiese jamás llegar.

Algunos grupos humanos, ciertamente desesperados, intentaron hacer frente a los hombres mecánicos, dándose cuenta enseguida de lo desigual de la lucha, ya que sus enemigos eran completamente insensibles a todo.

Pero mucho más espectacular que aquella horrible matanza que acababa de desarrollarse fue el encuentro de los hombres mecánicos enemigos.

Los pocos hombres que pudieron contemplar aquel horrible choque, perdieron la razón, y en su demencia, no pudiendo resistir lo alucinante del espectáculo, se lanzaron enardecidos entre los «robots» que se destrozaban entre sí, muriendo entre las manos de aquellos espantosos monstruos que la inteligencia humana había creado en un momento de inspiración diabólica.

Por otra parte, las nubes radiactivas seguían mutilando, quemando, destrozando a millones de seres que, sin saber a dónde ir, se habían subido a lo alto de las montañas, poniéndose al alcance de

aquellas neblinas amarillentas que llevaban la muerte y la tortura en ellas.

Mucho antes de acabar el segundo día de lucha, el número de muertos, mutilados, quemados y heridos ascendía a doscientos millones de seres.

Pero aún habría más.

Quedaban muchas cosas en la diabólica caja de Pandora de la ciencia, ya que los sabios habían trabajado treinta años, sin cesar, dando a luz sus más horribles descubrimientos.

Los explosivos nucleares acabaron por agotarse.

Entonces, dispuestos a acabar definitivamente con su mutuo enemigo, los hombres de los refugios subterráneos apretaron otros botones, poniendo en marcha nuevos mecanismos de destrucción.

El lanzamiento de gases no les ocupó mucho tiempo y dos horas después la atmósfera había absorbido el ciento por ciento de las. sustancias tóxicas lanzadas.

Le tocó el turno entonces a las tan cacareadas armas bacteriológicas.

Docenas de enfermedades infecciosas cayeron sobre la humanidad.

Los bacilos y los virus, dotados de la máxima virulencia, gracias a procedimientos secretos, se cebaron en las carnes de los que, ya débiles, seguían huyendo de un lado para otro sin saber dónde encontrar un definitivo refugio.

La falta de agua, la inexistencia de la menor higiene, la carencia casi absoluta de víveres y el hacinamiento, el amontonamiento de las masas humanas enloquecidas, facilitaron tremendamente el desarrollo de espantosas epidemias y hasta pandemias que siguieron disminuyendo la población ya más que diezmada del Globo.

Europa, que era la parte más afectada del mundo por la contienda, dejó prácticamente de existir como población. Grandes extensiones, naciones enteras, se despoblaron en un santiamén, quedando cubiertas de cadáveres que el extraño frío reinante congeló a gran velocidad.

El frío se hizo tan intenso, que grupos aislados de británicos que deseaban huir de las islas, cuyas poblaciones habían desaparecido casi

por completo, abandonaron los barcos y siguieron el camino, sobre el canal de la Mancha, cuya superficie completamente helada constituía un paso sin peligro.

En contra de lo que podía imaginarse, los animales fueron los primeros en caer ante tanta catástrofe, demostrando claramente la mayor adaptación de los humanos a toda clase de infortunios y calamidades.

En África, atravesada por vientos helados y tormentas de hielo y nieve, la flora y la fauna desaparecieron en menos de doce horas.

Al principio, los grandes anímales, guiados por un misterioso instinto, se movieron en masa, sin atacarse, herbívoros y carniceros juntos, hacia el Norte, ya que presentían el brusco cambio de temperatura que iba a sufrir la Tierra.

Muchos de ellos, aprovechando la superficie helada del Estrecho de Gibraltar, pasaron a la Península Ibérica y algunos, incansables caminantes y mejor dotados que los otros (grandes paquidermos y colosales proboscídeos), lograron en varias semanas de incesante marcha llegar a Europa central en busca del ansiado calor.

Así, quince días después de iniciada la guerra, pudieron verse elefantes y rinocerontes, así como algunas aves tropicales en las llanuras polacas, en el norte de Alemania y hasta en los bosques de No — — ruega y Suecia.

Pero aquellos pobres animales no habían logrado escapar a la acción de las radiaciones mortíferas y de nada les sirvió el inmenso y ejemplar sacrificio que habían realizado.

Quizá los paleontólogos del año 4000 se asombrarían al encontrar esqueletos de animales en lugares tan alejados a su «hábitat» normal.

Quizá, porque también es posible que ningún hombre llegue al año 4000.

Asia, en su totalidad, había sufrido la misma triste suerte qüe Europa y América del Norte.

Al cuarto día de la contienda, cuando los «robots» habían luchado en las llanuras europeas y asiáticas, destrozándose mutuamente, un nuevo grupo de varios millones invadió el Quinto Continente, y Australia, en donde se habían refugiado millones de seres, se vio sometida a bombardeos, enfermedades y lucha indecible con los

ejércitos de hombres mecánicos recientemente desembarcados.

Australia resistió, ciertamente, muy poco.

Ocho horas después de empezada la guerra, el noventa por ciento de los habitantes había perecido o se encontraba mortalmente atacado por las radiaciones o enfermedades lanzadas sobre aquellas tierras.

Una protesta solamente se levantó entonces del seno de las naciones hispanoamericanas que, hasta entonces, habían salido indemnes de la locura colectiva que hundía definitivamente a la humanidad.

Mensaje tras mensaje dirigidos a las potencias en estado de guerra, quedaron sin respuesta.

Esa al menos fue la ilusión de los hispanoamericanos... Porque una vez se había desencadenado el Genio del Mal, ninguna fuerza humana podía sujetar su frenética carrera.

Alguien, en uno de los colosales refugios subterráneos, sintió que las emanaciones atómicas se habían saltado todas las barreras que la ciencia había puesto al cerebro de los cerebros directores del mundo.

De nada sirvieron los filtros, los depuradores de aire, los depósitos de fermentos y de sustancias antirradiactivas: el terrible veneno que el hombre puso en marcha al iniciarse la Era Atómica penetró vengativo y justiciero en lo hondo de los refugios, matando a los que tanto habían matado y torturado.

Pero, antes de morir, llevados por la maldad que anidaba en sus almas y no pudiendo soportar que hubiese seres humanos que no hubieran sufrido lo que ellos habían empezado a sufrir, lanzaron sus últimas armas, sus últimas bombas y el cúmulo de enfermedades, llevados todos por los proyectiles transcontinentales que se habían reservado para última hora.

Así las repúblicas sudamericanas fueron igualmente destrozadas.

El mundo, en el onceavo día de guerra había dejado prácticamente de existir.

El brusco cambio de clima producido por las explosiones nucleares había matado la casi totalidad de animales y plantas del Globo. Y los pocos que quedaban con vida, llenos de llagas, ciegos y deformes por las radiaciones, no podían ser consumidos sin peligro mortal.

Por otra parte los océanos estaban cubiertos por millones y millones de peces que las explosiones en el agua había matado; el resto, refugiado en las regiones abismales, también había sido tarado por las radiaciones, velozmente difundidas por el medio líquido.

Todo era desolación.

De las ciudades no quedaban más que informes montones de escombros, ruinas y más ruinas, completamente desiertas.

Todo lo que el hombre había construido en pacientes siglos de trabajo; todo aquello de lo que estaba justificadamente orgulloso y que constituía lo que se denominaba Civilización, fue totalmente barrido.

En otros tiempos, en otras Civilizaciones desaparecidas, sus miembros habían logrado legar al mundo el mensaje de su inteligencia creadora: las Pirámides, los templos y ciudades asirias, los monumentos de los Incas; todo aquello había hecho posible enorgullecerse de hombres que vivieron en los albores de la Humanidad y que habían dejado una perenne huella de su paso por la Tierra.

Pero la Era Atómica había hecho imposible un sueño tal para la Civilización que acababa de perecer.

No hacía falta que pasasen milenios, ni casi siglos. Los restos que quedaban era bien poco y la acción de la embravecida naturaleza acabaría muy pronto cop lo que quedaba.

La veinteava noche, después del fatal 24 de agosto de 1999, cuando el último año del siglo Veinte avanzaba ya hacía su propia muerte, presto ya el año 2000 que inauguraría el tan cacareado siglo XXI.

Precisamente, en aquellos miserables tiempos es cuando empieza esta historia.

A primera vista, podía parecer imposible que «algo» ocurriese en la Tierra, barrida por las explosiones atómicas, quemada por las bombas termonucleares, infectada su atmósfera por las partículas radiactivas y por los virus y baterías de cien enfermedades peligrosas.

Todo era caos y los mares, como los ríos, rugían destrozando lo poco que quedaba en píe. Un viento huracanado, a más de trescientos kilómetros por hora, barría las nuevas estepas heladas en el mismo

sitio donde días antes existía el ardiente desierto de Sahara.

El sol, tras las nubes densas y bajas, que corrían alocadamente a ras de tierra, parecía como un globo lejano, medio apagado y con una luz incapaz de llegar hasta el planeta que parecía abandonado definitivamente de la mano de Dios.

Sin embargo, bajo las nubes, entre el hielo y el fango, en medio del hedor de millones de cadáveres, la ambición despótica de los unos y el amor y la hermandad de los otros, habían logrado superar acuella fatal etapa.

Esta es su historia, que corresponde exactamente al título:

VOLVER A EMPEZAR...

CAPÍTULO II



ÍA veinticinco de agosto de 1999...

Ante el colosal aparato de televisión, en color y tres ' dimensiones, qu8 ocupaba gran parte del gigantesco salón, los Reynolds, padre e hijos, palidecían a medida que las imágenes se sucedían velozmente sobre la pantalla.

Harry, el padre, miraba, pálido como los otros, pero guardando un sepulcral silencio.

Thomas y Raquel, los hijos, prorrumpían en exclamaciones de espanto cada vez que, con una crudeza bárbara, aparecía en la pantalla del panorama dantesco de una Europa en la que acababa de estallar la Tercera Guerra Mundial.

El estruendo de las explosiones termonucleares hacía estremecer la estancia, transmitida por los potentes altavoces del aparato.

La muerte y la destrucción reinaban por doquier.

—¡Padre! ¿No puedes hacer nada para parar esta locura?

Harry Reynolds callaba.

Hasta entonces, su poder hacía lógica la pregunta que 1« dirigían sus acongojados y aterrados retoños. ¡Harry Reynolds!

¿Podía hablarse de un hombre más poderoso que él sobre la

superficie de la Tierra?

Le bastaba oprimir un botón, ligeramente, para provocar una catástrofe en el otro lado del mundo o hacer de los miserables habitantes de cualquier rincón olvidado los hombres más ricos de su país.

Harry Reynolds había llegado a ser la expresión del poder, del dinero y miles de empresas con millones de empleados no conocían otro dueño que él.

—¡Padre!

Más que desgarrarle de dolor, aquella palabra le hacía estremecerse de impotencia y su orgullo, basado en un poder ilimitado, se sentía herido cuando realmente no podía hacer absolutamente nada para ¡frenar el impulso de las armas.

Nunca había creído que la temida Tercera Guerra Mundial llegase. Gran maestro en artes distintas, había provocado levantamientos, promovido desórdenes en cualquier parte del mundo para hacer que sus acciones subiesen o para hundir sin piedad a cualquier competidor que hubiese osado inmiscuirse en una de sus grandes «áreas».

Pero ahora, cuando el mundo deseaba destruirse en un suicidio colectivo, nada podía contar el poder de un Reynolds, porque nadie puede contra el absoluto poder de la muerte.

Las imágenes seguían desfilando en la pantalla, cada vez más crudas y horribles, ante los aterrorizados semblantes de los dos herederos de Reynolds.

Thomas era esbelto, como su padre, de anchas espaldas y moreno de tez. La palidez que en aquellos momentos cubría su rostro' le hacía parecer quizá más infantil que de costumbre, pero los que le conocían habían aprendido a temerle, porque había heredado el orgulloso y despótico carácter del padre.

Raquel, esbelta como su hermano, poseía, naturalmente, una cierta dulzura femenina que rompía el brusco perfil de los Reynolds, cuya nariz aguileña y ojos saltones hacían parecer verdaderas aves de presa.

La muchacha, cuando no estaba en presencia de nadie extraño, dejaba que una expresión natural se apoderase de ella, haciéndola parecer casi humana; pero, en cuanto alguien que no fuese su padre o su hermano aparecía en escena, su faz adquiría la dureza que la

familia había hecho proverbial.

La televisión se apagó por sí misma bruscamente.

—¿Qué ha debido.de ocurrir ahora? — inquirió Thomas.

Tampoco su padre contestó.

Permanecía con los ojos fijos en la clara pantalla del aparato y el entrecejo fruncido, comido por la cólera que le procuraba el ver que un acontecimiento humano de importancia escapaba a la órbita de su poder.

Desde hacía casi veinte años, nada interesante se hubiese concebido en el inundo sin haber contado directa o indirectamente con Reynolds.

El desarrollo monstruoso de los negocios, a partir de la mitad del siglo XX, había hecho posible a hombres como Reynolds, que llegó a convertirse en el más rico de los seres humanos que jamás habían existido.

Fortuna y poder se habían asociado en sus potentes manos, al tiempo que se desarrollaba en su corazón un desprecio completo hacia los hombres, las Ideas y las asociaciones, de cualquier tipo, que podía hacer y deshacer a su antojo.

—¡Padre!

Se volvió hacia Raquel, que era quien le había interpelado.

—¿Qué quieres?

Ella dudó antes de preguntar.

—¿Qué va a ser de nosotros, padre?

SI hijo, aprovechando la valentía de su hermana, repitió la pregunta de una manera que iba a llegar más profundamente al corazón del padre.

—¿Qué va a ser de los Reynolds, padre?

Los agudos ojos del plutócrata se clavaron en los rostros de sus hijos.

—Si esto es la guerra mundial, si lo que hemos visto es el final de

la Humanidad, los Reynolds no perecerán, perded cuidado.

Y después de un momento:

—¡Llama a mi secretario!

Thomas utilizó el timbre rojo que, entre media docena de multicolores, ornaban una de las mesas colocadas en uno de los rincones de la estancia.

Dos minutos después, un hombre pequeño, que hacía más minúsculo e insignificante la vil reverencia que doblaba su cuerpo, apareció por una de las puertas.

—Señor... — musitó con un hilo de voz.

—¿Qué es lo que ocurre, Williams?

—¿Dónde, señor?

—¿Dónde quieres que sea, estúpido? ¡En el mundo de los locos!

La voz del otro se hizo aún más débil.

—Se ha declarado la —guerra, señor. A estas horas, desde ayer que empezaron las hostilidades, se puede decir que Europa ha sido totalmente destruida... Desgraciadamente sus fábricas en aquel continente...

—¡Calla, imbécil! ¡Nadie te ha preguntado nada sobre mis negocios! Yo debo ocuparme personalmente de ello. ¿Qué pronósticos existen respecto a América?

—Pésimos, señor. Nueva York, Washington, Boston, Chicago y otras muchas ciudades han desaparecido ya. El peligro de la radiactividad se hace cada vez más intenso.

—¿Dónde reside el Estado Mayor Central?

—En Washington, señor; pero no se tiene noticia alguna de ellos. Deben de estar en uno de esos colosales refugios que se han construido últimamente.

—Poco me importa. ¿Está con ellos Lowell?

—Es natural, señor, que se hayan llevado allí al hombre más sabio del mundo.

Harry se respaldó en su sillón cerrando los ojos durante un instante, intensamente ensimismado.

Los ojos le miraban con ansiedad.

—Escucha, Williams.

—Diga, señor Reynolds.

—Es necesario que Lowell llegue aquí hoy mismo. Vas a entregar una nota mía a un jefe cuyo nombre te daré después. Me debe completamente su situación y, a pesar de estar en guerra, si no me da las facilidades que voy a exigirle, lo lanzarán fuera del refugio. ¿Me escuchas?

—Soy todo oídos, señor,

—Ponte de acuerdo con uno de mis pilotos, el que quieras, y cogéis el aparato que prefiráis. Dentro de dos horas habéis de estar aquí con Lowell. Le necesito.

—Pero… — el hombrecillo estaba verde de miedo— ¿he de ser yo, precisamente yo, el que vaya, señor?

—Ya lo has oído. Eres tan estúpido que, cuando te ofrecen la salvación de tu miserable pellejo, por el que no debía preocuparme en absoluto, dudas aún. ¿Quieres o no ir?

—Inmediatamente, señor

—Está bien. Llama ahora a mi secretaria de —persona:. Que conecte el cerebro electrónico con la pantalla de este salón.

—Enseguida, señor. Hasta la vuelta, señor.

Dos minutos más tarde, una bellísima joven aparecía en la puerta.

—¿Me ha llamado, señor Reynolds?

—Sí, Helene. Vamos a hacer el contaje rápido del personal de una de mis fábricas; mejor dicho, de algunas de ellas, situadas todas ellas en este territorio.

—Usted dirá, señor.

—Necesito carpinteros, electricistas y especialistas electrónicos, panaderos, zapateros, carniceros cazadores, etcétera. Haga los cálculos

para formar una pequeña ciudad de unos quince mil habitantes; calcule las raciones así como las cantidades de materias primas necesarias para la vida de una comunidad semejante durante 'tres años. Prepare igualmente personal aeronáutico en cantidad suficiente para seis mil aviones de carga y elijan entre ellos los más capaces que, a su vez, prepararán la marcha, utilizando la alta estratosfera. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor.

—De esos quince mil hombres, los Reynolds comprendidos, asi como usted, como único personal del secretariado, disponga que quinientos vayan fuertemente armados y nombre un comandante de plena confianza.

Y después de una corta pausa:

—Calcule también una población femenina acorde con la masculina; naturalmente, todas las mujeres han de ser especialistas y solteras.

—¿Y los hombres?

—Igual da, ya que vendrán obligatoriamente solos. Puede usted comunicarles que se trata de una misión urgentísima y que van con un sueldo diez veces mayor que el que ahora perciben. No quiero que sus familias les acompañen. Tiempo tenemos de complicarnos la vida.

—¿Y si protestan?

—Primeramente, utilice los métodos coercitivos que le plazca; luego les da facilidades para enviar a sus esposas e hijos a los lugares que mejor deseen. Naturalmente, todos los gastos corren de mi cuenta.

—Perfectamente. ¿Objetivo del viaje?

—¡Eso no le importa de momento más que a mí!

Durante unos instantes guardó silencio.

—¿Cuánto tiempo tardará usted en prepararme todo eso?

—Media hora, señor.

—Está bien. Puede trabajar aquí. ¿Posee el cerebro-archivo fotos de todos mis empleados en América, Williams?

—Y de todo el mundo.

—Perfectamente. Iré lanzando una ojeada de vez en cuando.

Mientras la joven trabajaba intensamente en un rincón, Thomas se acercó a su padre.

—Intentas salvarnos, ¿no es verdad, papá?

—¿Intentar? Me parece que has olvidado que los Reynolds no intentan nada, porque lo tienen ya hecho todo. ¡Raquel!

—¿Qué quieres, papá?

—Prepara tu personal y las cosas que necesites. Pero esta vez te ruego que no exageres.

—Está bien, papá.

Cuando la joven hubo salido, su hermano, que había escuchado con atención las palabras del padre, se acercó nuevamente a él.

—¿Puedo preparar lo mío, padre?

—No hace falta. Vivirás conmigo y utilizaremos los dos las mismas cosas.

El joven había enrojecido.

—¿Es que vas a dejar mis caballos de carreras?

Durante unos segundos, el rostro del padre pareció anunciar una fuerte tormenta; pero después sus ojos brillaron de una forma muy particular.

—No, Thomas. Puedes decir que los carguen,

—¡Gracias, papá!

Una vez salió el joven, Reynolds se dirigió a su secretaria, que seguía trabajando intensamente con el cerebro-electrónico.

—¿Cómo va eso, Helene?

—Muy bien, señor.

—Una cosa: ¿ha probado usted alguna vez en suj vida la carne de

caballo, señorita?

—Nunca, señor.

—Algún día, muy pronto, podrá cambiar de opinión, Helene.

Ella se sonrojó, al darse cuenta de que su patrón se había percatado del' gesto de repugnancia inevitable que había hecho al contestarle.

El avión en el que viajaba el profesor Lowell, acompañado por el secretario particular de Reynolds, aterrizó en la terraza vecina al edificio imponente donde tenía su particular mansión Harry.

Momentos más tarde, los dos hombres estaban en el despacho del magnate.

—¡Hola, profesor!—saludó Reynolds—. Tome asiento, por favor.

Y dirigiéndose al secretario, que le sonreía, como queriéndole demostrar su participación en aquel triunfo:

—Puede dejarnos, Williams. Luego le llamaré.

Helene, que justamente acababa en aquel momento, se acercó a su jefe:

—He terminado, señor.

—perfectamente. Radie las instrucciones a los distintos secretariados y que el personal elegido se tenga dispuesto esta misma tarde. Si la necesito, ¿dónde encontrarla?

—¿Me permite despedirme de mi familia?

Él la miró sin ninguna simpatía.

—Hágalo por teléfono, señorita. Es una orden.

—Gracias, señor.

Y, cuando hubo salido, dirigiéndose al profesor:

—Es una cosa que no perdono nunca a los hombres: la sensibilidad y ese absurdo sentimentalismo que estropea todas sus acciones.

El profesor no dijo nada.

—Le he traído aquí, profesor, para salvarle.

—¿A mí?

Había una ironía visible en sus palabras, pero Harry no debió o no quiso percatarse de ello.

—Usted es la única persona del mundo que puede dirigirnos a una región segura de la Tierra.

—Ya comprendo. Es muy difícil lo que usted solicita de mi, señor Reynolds, y además, francamente, nada me interesaba sobrevivir a esta colosal catástrofe, porque adivino y preveo lo que acontecerá después.

—¿Puede decírmelo?

—Sería inútil, se lo aseguro. Ho me entendería y, por otra parte, perderíamos un tiempo precioso. De todas formas, su proposición empieza a tentarme, ya que, aunque de poco me sirve, seré el único hombre de ciencia que podrá contemplar, con cierta facilidad los tiempos de la post-catástrofe.

—¿Acepta entonces?

—¿Qué remedio me queda? Si lo que usted desea es saber algún punto en el que se puedan tener más oportunidades de sobrevivir, puedo indicarle lo que ha resultado de mis largos estudios; pero, de ninguna manera, puedo garantizarle que saldremos indemnes de los peligros que ahora amenazan a la humanidad.

—¿A qué se refiere?

—Más que a las enfermedades contagiosas e infecciosas de la guerra bacteriológica que acaba de iniciarse en Europa, me refiero al peligro de la radiactividad presente en la atmósfera y que nadie, absolutamente nadie, puede prever lo que durará…

Apagó el cigarrillo en el amplio cenicero que tenía junto a él.

—De todas maneras, esperamos que, por su propio peso, las partículas radiactivas no tarden en posarse sobre las partes bajas de la Tierra. Además los cambios meteorológicos que se desencadenarán muy pronto producirán grandes lluvias que limpiarán los campos de las partículas dañinas.

—¿Qué lugar nos aconseja?

—El monte Kenia.

—¿En África?

—En efecto.

—Muy bien. Como jefe científico de la expedición, puede ir dando las órdenes que considere oportunas.

—¿Cuántos vamos?

—Quince mil.

—Me parecen demasiados; pero, después de todo, usted manda.

—En eso estamos todos de perfecto acuerdo. Esta noche me verá usted y espero que ya se hayan obviado las dificultades preliminares.

—¿Van mujeres?

—Ya he contado con eso, profesor. Un tercio de la expedición estará formada por ellas.

—Mala proporción.

—¿Por qué?

—¡Sencillamente, porque debía haber hecho que las mujeres fuesen un sesenta por ciento; es una proporción mucho más biológica.

—No se preocupe. Puede retirarse, profesor.

Lowell miró intensamente, durante una fracción de segundo, a su interlocutor. Detrás de sus gruesas gafas de miope, sus pupilas brillaron con una fuerza inusitada. Incluso, sus labios esbozaron algunas palabras que no llegaron a salir de su garganta. Dio media vuelta y abandonó la estancia. AI quedarse solo, Harry se levantó estirándose y exhaló un profundo suspiro de satisfacción.

En aquella grotesca postura le sorprendió Williams, que, como secretario particular, poseía la autorización de penetrar en el salón sin solicitar permiso.

—Señor.

Harry se volvió, mirando de arriba abajo al hombrecillo.

—¿Qué quieres?

—Me han dicho que yo no iba con usted.

—Así es en efecto, Williams. He pensado mejor las cosas.

—¿Puedo retirarme, señor?

—Cuando quieras.

Diez minutos más tarde, Helene, gritando histéricamente, penetraba en el salón, interrumpiendo los pensamientos de su jefe.

—¿Qué demonios ocurre?

—¡Williams, señor!

—¿Qué ha hecho ese imbécil?

—¡Se ha colgado, señor!

Reynolds cerró los puños con fuerza.

—¿Y para eso me molesta usted, señorita? ¡Váyase ahora mismo!

La joven desapareció en un santiamén.

Una vez solo, Harry se dirigió a uno de los numerosos teléfonos, pulsando un botón de llamada.

En pocas palabras explicó a su interlocutor la esencia de sus planes. Luego, con una sonrisa en los labios:

—Cargue dos aviones, de los más grandes, con lingotes de oro y joyas, Martin. Hasta luego.

Al colgar el auricular, volvió a sonreír y frotándose las manos:

—¡Los Reynolds se salvarán por encima de todo!

CAPÍTULO III



L sacerdote preguntó:

¿Quieres tú, Richard Lebord, a esta mujer, Jane Volain, como esposa?

—Sí, padre.

—¿Y tú, Jane Volain, quieres a este hombre, Richard Lebord, como legítimo esposo?

Jane estuvo a punto de sonreír al cura, o hasta guiñarle simpáticamente un ojo; pero la solemnidad del lugar le hizo responder con voz hueca:

—Sí, padre.

Momentos más tarde la ceremonia terminaba y Richard y Jane eran ya marido y mujer.

El cura de Petite-Ville estaba contento y los ojos le brillaban de satisfacción por haber hecho realidad su más dorado sueño: casar personalmente a su sobrina, único pariente que le quedaba y a la que había criado como a una hija.

Se desvistió bastante rápidamente de sus sagradas ropas y después, cuando salió de la iglesia, corrió, cogiéndose las sotanas con la mano, hacia el pequeño salón donde se estaban reuniendo todos los invitados. Los invitados, que era todo Petite-Ville.

¿Quién podía faltar, en efecto, a la boda de la sobrina del párroco del lugar?

Además las mozas, que habían luchado denodadamente por atraerse a aquel joven simpático de París, a aquel hombre que parecía tan listo y tan importante y que era tan guapo y tan esbelto, querían, en buena calidad de luchadoras vencidas, desear sinceramente a la vencedora toda clase de parabienes y dichas.

En el salón, repleto de mesas alargadas y paralelas, los invitados estaban ya acomodados y charlando animadamente cuando el buen párroco, un tanto sofocado y limpiándose el sudor con un gran pañuelo a cuadros azules y rojos, entró respirando sonoramente.

Sonrió y después de darse cuenta de su lugar, al lado de la novia, corrió a sentarse como si desease que la comida empezase enseguida.

En realidad — ¿por qué no confesarlo? — el buen cura tenía un apetito tremendo, ya que había madrugado mucho y repartido muchísimas comuniones antes de casar a su sobrina y a Richard.

Sí, indudablemente, era un día muy feliz para él.

Además, estaba contento y orgulloso a la vez del marido que había dado a Jane.

Richard Lebord era un valor positivo en el periodismo y tenía ante él un porvenir de los mejores. Así lo atestiguaba su labor periodística y literaria que había alcanzado, por aquellos tiempos, una resonancia europea.

Las conversaciones fueron amainando a medida que los platos eran diligentemente servidos por los camareros; éstos, parientes de los invitados, se dieron prisa para acabar de servir, e inmediatamente desvestirse, para ocupar sus asientos al lado de los otros.

También Richard se sentía feliz, mucho más que si se hubiese visto obligado a celebrar aquella ceremonia en plena ciudad, con todas las molestas obligaciones que ello le hubiera sin duda alguna impuesto.

Se encontraba mejor allí en aquel pequeño pueblo de trescientos habitantes, donde había conocido a Jane en unas vacaciones y al que había vuelto todos los años para reposar de la dura tarea que su profesión le Imponía.

SI también experimentaba la agradable sensación de estar en familia, entre gentes sencillas, de limitada mentalidad, pero al unísono de ilimitada bondad cuando ésta era necesaria.

Después del banquete, el cura, cumpliendo con su obligación de único orador existente, se levantó y después de limpiarse el sudor y de limpiarse sonoramente en el inmenso pañuelo a cuadros, empezó a decir:

—Para todos nosotros, lo que quiere decir para toda Petite-Ville, hoy, veinticuatro de agosto de mil novecientos noventa y nueve, es un día sencillamente feliz. Nosotros, hombres de pueblo, provincianos a secas, podemos tener el lujo de clasificar la felicidad, considerándola sencilla cuando tienen lugar en sitios como éste y complicada cuando se desarrolla en la ciudad.

»Os habréis dado cuenta, los que habéis visitado las grandes ciudades, de que los hombres y las mujeres que en ellas habitan necesitan muchas cosas para pasar lo que ellos llaman muy pomposamente «un rato feliz». Necesitan música, luces indirectas, un determinado champaña y una determinada marca de perfume. Les es necesario «ponerse en ambiente», «entonarse», y muchas cosas más.

»Eso es, sin duda alguna, una felicidad y alegrías complicadísimas.

»Por el contrario, nosotros no necesitamos más que la felicidad de los demás para alegrarnos, contemplar una cosecha ajena, bien lograda, para ale— gramos. Asistir al nacimiento de un nuevo ser en el pueblo o, como ahora es el caso, a una boda, para que se nos llene el alma de dicha.

»Ésa es, amigos míos, nuestra inapreciable alegría sencilla.

»¿Para qué pedir más? Ya fue dicho que todo nos sería dado por añadidura y creo, creemos todos, que, con lo que tenemos, tenemos bastante.

»No hay más que lanzar una ojeada al mundo (y se entiende por mundo el conjunto de hechos que se producen en las grandes ciudades del Globo) para saber que lo que pasa, acontece u ocurre en los pequeños pueblos ha sido, de siempre, afortunadamente ignorado.

»Sólo quiero, queridos amigos, que este feliz veinticuatro de agosto permanezca indeleblemente inscrito en vuestros corazones...»

Los aplausos y las ovaciones sonaron unánimemente en el salón.

—¡Que hable el novio!

—¡Que hable el novio!

Richard, con una sonrisa en los labios, se levantó de su asiento.

Nunca, nunca en su vida podría olvidar aquel instante; porque, en el momento en que iba a pronunciar un cordial saludo a los que le escuchaban, medio adormecidos ya por los licores y el vino que 'habían bebido durante la opípara comida, alguien gritó desde la puerta:

—¡La guerra mundial ha estallado!

Aquellas terribles palabras rompieron el encanto de la reunión y las sonrisas se borraron de los rostros como si un genio invisible hubiese hecho desaparecer la alegría profundamente inscrita en los rasgos de todos los presentes.

El recién llegado se abrió paso hasta colocarse junto al cura.

—¡La guerra ha estallado, reverendo! ¡París ha sido totalmente destruido por una bomba de cobalto!

Inclinándose hacia su novia, Richard le suplicó que le permitiese un momento, ya que deseaba telefonear a la capital, donde tenía parientes y numerosos amigos.

Le contestaron de una Central Nacional provisional, sita en Lyon.

—Lo sentimos mucho, señor. Las comunicaciones de todo tipo están cortadas con París...

—¿Quiere decir que no podría enviar un radiograma?

—Lo lamento, señor, pero es completamente imposible. Comprenderá usted que se ha hecho lo posible por restablecer la comunicación oficial con la capital. La bomba de cobalto ha afectado, inclusive, la región de Orleans,

—Muchas gracias, señorita.

—Adiós, señor.

La cosa estaba clara y ni las empleadas de teléfonos de Lyon deseaban ocultarla: París había desaparecido por completo y serían inútiles todas las gestiones para comunicar con una ciudad muerta.

Tenía sed de noticias y después de regresar al salón, donde todos los presentes dirigidos por el párroco del pueblo rezaban, fue a la alcaldía, única casa de la localidad dotada de aparato televisor.

No se podía asegurar qué causa más impresión: si las imágenes, captadas por heroicos operadores, que se jugaban el todo por el todo, o los comentarios y noticias que llegaban desde todas partes.

Richard permaneció allí hasta bastante tarde, sorprendiéndole, cuando se creía solo, una voz que a su espalda pareció identificarse con lo que en aquel momento preciso estaba pensando.

—¡Es el fin del mundo!

No hizo falta que se volviese para saber que el párroco había también sentido la imperiosa necesidad de saber lo que estaba ocurriendo en el mundo.

El rostro del sacerdote expresaba claramente la profunda angustia que le procuraban las noticias e imágenes que acababa de ver.

Richard cerró la televisión.

Luego, acercándose al cura:

—¿Qué vamos a hacer, padre?

—No lo sé. Como acabas de ver, Richard, las noticias no pueden ser más alarmantes. Aunque creo que una guerra como la que acaba de empezar no llegará hasta aquí.

—Se equivoca, reverendo. Hasta ahora no ha habido una guerra en la que los medios destructivos fuesen tan intensos. Aunque las bombas no caigan sobre el pueblo, la muerte y la destrucción llegarán solapadamente. ¿Es que ha olvidado usted el terrible poder de las radiaciones?

Salieron del Ayuntamiento sumidos en profundos y discordantes pensamientos. Richard, él, no pensaba más que en su problema particular.

Acababa de casarse, creyendo tener derecho a una felicidad que se había ganado y creía merecer y la guerra, la más horrible de las contiendas, cortaba de raíz sus más queridos proyectos.

Si París había sido totalmente destruido y la misma suerte esperaba a las grandes ciudades, si las radiaciones despoblaban el país, ¿qué podría hacer para escapar y poder salvar a la persona que amaba?

Las ideas del reverendo eran muy distintas. Después de haber pensado en el triste destino de una Humanidad en la qüe siempre habla creído, sus pensamientos se limitaron a los que consideraba como una gran y hermosa familia: a los habitantes de Petite-Ville...

Miró de reojo al periodista, dándose cuenta de que si alguien podía hacer algo por el pueblo tenía que ser aquel joven alto, de mirada serena y cuyo entrecejo estaba profundamente fruncido en aquellos instantes.

El miedo se había apoderado de las gentes que, momentos antes, en el salón reían, sintiéndose completamente felices.

Las mujeres lloraban en silencio y los hombres, cuando entraron el párroco y Richard, les miraron ansiosamente, haciéndoles ver que estaban dispuestos a ponerse enteramente en sus manos.

El reverendo los calmó como pude y en cuanto le fue posible se llevó a Richard a un lugar apartado.

—Escucha, muchacho, las cosas me parecen lo bastante claras para que no tengamos que ponernos a discutir interminablemente.

—¿Qué quiere usted decir?

«—Algo tremendamente fácil, como solución, pero muy difícil para realizar. Si, como tú has dicho antes, las nubes de radiactividad se van extendiendo por el país, no tendremos más remedio que huir.

—¿Huir?

Richard sonrió tristemente.

—Creo, reverendo, que se hace una idea demasiado limitada del poder de las armas nucleares. Es posible que la superficie entera' de la Tierra se vea afectada por las radiaciones y la vida cese, completa y absolutamente, sobre el Globo. Creo, francamente, que, por desgracia, es Inútil intentar huir.

—¡Lamento haberme equivocado contigo, Richard! Te aseguro que tenía la esperanza de hallar en ti el guía de este pobre rebaño humano que se encuentra desamparado... Moralmente, yo me hago responsable de todo; pero, desdichadamente, mis años me impiden tomar el mando...

Richard le miró con una sincera sorpresa. Se daba cuenta, por vez

primera, de la fuerte y potente personalidad de aquel viejecillo insignificante, del que jamás hubiese creído una reacción semejante.

Sonrió con simpatía.

—Está bien, haré lo que desea; pero he de afirmarle dos cosas: que no creo que adelantemos nada y que, por otra parte, nunca creía, al casarme con Jane, tener parientes tan testarudos.

Tres días después, la más heteróclita caravana, en coches viejos, destartalados, excepto el de Richard, que marchaba a la cabeza, partió definitivamente de Petite-Ville, dirigiéndose hacia el sur.

Los camiones, cargados de lo más preciso, sobre todo de viandas y combustible, desfilaban lentamente por las carreteras desiertas. De vez en cuando, al detenerse en algún poblado, causaban la risa de los que no comprendían una huida como aquélla.

«La guerra—decían no puede durar más de quince días. La mayoría de las grandes ciudades del mundo habían desaparecido y los. Estados Mayores se darían cuenta de la Inutilidad de la hecatombe que habían provocado.»

Y la curiosa caravana, sorda a aquellos cantos de sirena proseguía su camino, por las empolvadas carreteras, sumisa a las palabras del reverendo y obediente a las órdenes del que se había convertido de la forma más natural y lógica del mundo en el jefe.

Mientras atravesaban regiones poco pobladas, las huellas de la guerra no aparecían por parte alguna y las gentes, dentro del nerviosismo que les producía la existencia de la contienda, seguían viviendo sencillamente, esperando de un momento a otro que las trágicas trompetas bélicas dejasen de sonar definitivamente para reintegrarse a una nueva era de paz.

Atravesaron la frontera española, con suma facilidad, orientándose lejos de las grandes ciudades que no eran, vistas desde lejos, más que gigantescas humaredas,” como tremendos volcanes que rugiesen aún con una furia incontenible.

Sólo la voluntad que empezaba a demostrar Richard era capaz de hacer que la caravana continuase su camino, ya que nada parecía amenazar a los hombres por las regiones que atravesaban.

En efecto, fuera de las regiones industriales, de los grandes centros urbanos, las gentes seguían en espera de la ansiada paz.

Richard y Jane, en el coche de aquél, sentían la tristeza de la luna de miel que la guerra les había impuesto.

Al ver a las gentes tan tranquilas y despreocupadas, Richard decía:

—No saben lo que les espera, pobres desdichados. La radiactividad no ha llegado aún hasta aquí, pero cuando lo haga en forma de invisibles nubes, la deformación, la tortura y la muerte les golpeará con una crueldad nunca vista.

—¿Por qué no les avisamos?

—Sería inútil. Además no todos tienen un párroco como tu tío, capaz de convencer a la gente para que abandonen sus cosas, sus únicas riquezas sobre la Tierra, para realizar este éxodo. Tengo mucho miedo, Jane, te lo aseguro.

—¿Miedo?. ¿De qué?

—De que el mundo termine y seamos nosotros los únicos supervivientes. Será una responsabilidad tremenda para todos y cada uno de nosotros. ¿Qué nos guardarán los días ¡futuros?

—¿Hacia dónde vamos? —Lo más lejos posible de Europa. Necesitamos poner la mayor distancia posible entre las zonas afectadas por la radiactividad y nosotros. Solamente así podremos salvamos... por el momento.

—¿Esperas algo peor?

—No podría decírtelo. Las explosiones nucleares, en la cantidad que se están produciendo, pueden desencadenar horribles cosas que ni el mismo hombre puede concebir.

Se detuvieron, después de una larga marcha hacia el este, junto a un pequeño pesquero.

Richard, utilizando el dinero dle todos, logró comprar a los pescadores unas cuantas lanchas.

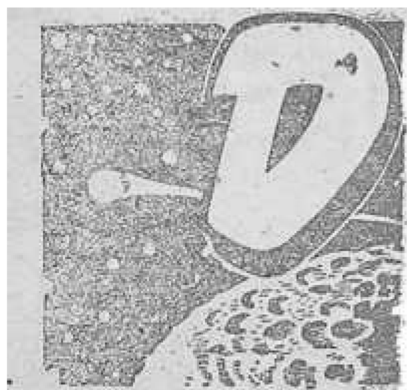
Horas más tarde, después de haber vendido los camiones y guardado solamente los pequeños vehículos que podían ir amarrados en las naves, ya que Richard no quería deshacerse, en modo alguno, de la totalidad de los coches, puesto que preveía largas marchas y la carga de víveres se había incrementado mucho con las compras últimamente realizadas.

Finalmente, en un amanecer del sexto día de marcha, las naves se hicieron a la mar y como los viejos conquistadores, los hombres, las mujeres y los niños salieron de Europa, hacia un destino que ninguno de ellos podía adivinar.

Entretanto, los hombres seguían lanzando proyectiles de muerte y destrucción por doquier.

Europa moría definitivamente.

CAPÍTULO IV



EJÁNDOSE caer desde la estratosfera, los poderosos multirreactores que formaban las escuadrillas de Harry Reynolds se lanzaron hacia la tierra africana, acercándose velozmente al punto elegido por el profesor Lowel como el más seguro de la Tierra.

El Kenia, rodeado de amplias llanuras, ofrecía un buen cúmulo de posibilidades para que los potentes aparatos pudiesen utilizar aquel terreno como una pista de aterrizaje.

Por lo demás, dotados como estaban de mecanismos frenadores de la velocidad de aterrizaje, podían realizar tal maniobra en limitado espacio, gozando además de una gran facilidad maniobrera.

Uno tras otro, se fueron posando en las tierras que rodeaban al imponente monte.

Thomas Reynolds, al que su padre había nombrado jefe de la expedición, se ocupó prestamente de orientar la verdadera riada humana que brotaba de los aviones, distribuyendo los equipos.

El profesor estaba a su lado.

Carpinteros, técnicos electricistas e ingenieros de los más diversos oficios, guiados por Lowel, iniciaron el ascenso al Kenia para montar en una de sus vertientes, la más protegida de todas, una verdadera ciudad en la que los hombres y mujeres de aquella expedición pudiesen soportar los embates de la guerra y sobrevivir a la gran catástrofe, sirviendo de base el deseo del poderoso Reynolds que no deseaba que su estirpe desapareciese.

Detrás de los hombres, los vehículos orugas, arrastrando remolques repletos de los más heterogéneos objetos, iniciaron la subida, llegando poco después al lugar que según el profesor reunía las mejores condiciones de habitabilidad.

A partir de aquel instante, y mientras el Estado Mayor permanecía junto a los aviones, que por otra parte estaban siendo desmontados en su mayoría, plegando una escuadrilla de mono-reactores, que serían subidos igualmente a la montaña, los hombres de la altura empezaron a trabajar arduamente, casi sin descanso y al pasar los días se fueron distinguiendo, con una velocidad verdaderamente extraordinaria, las siluetas de los sólidos edificios, construidos enteramente en aluminio y que, a pesar de la ligereza del material, poseían una resistencia completamente satisfactoria

Naturalmente, el primer edificio de veinte pisos que se levantó fue el que se destinaba personalmente a Reynolds, así como para sus amigos íntimos y sus colaboradores inmediatos.

Después, alrededor de aquella torre brillante y esbelta, surgieron más y más edificaciones, de forma similar, pero más pequeñas, donde se fueron alojando los miembros de la expedición.

Entretanto, abajo, en la llanura los grandes aviones, despiezados, habían desaparecido y los tractores, coches y remolques terminaron con lo poco que quedaba allí, dejando solamente las huellas de las ruedas y las cadenas sobre el suelo.

Por entonces, el clima empezó a variar de una manera extraordinaria.

Los termómetros de la pequeña ciudad, que su dueño había bautizado pomposamente con el nombre de «Reynolds City», empezaron a mostrar el descenso brusco de la temperatura, mientras los barómetros parecían enloquecidos, marcando inauditas variaciones de presión.

Mientras se ponían en marcha los sistemas de calefacción, que ya habían sido encendidos al llegar, debido a la temperatura baja en aquella parte de la montaña y que los mecanismos de aclimatación, y acondicionamiento del aire funcionaban a pleno rendimiento, Harry, en la terraza trasparente de su edificio, comentaba los acontecimientos con el profesor:

—¿Cómo se explica usted esto?

—No es difícil explicárselo — repuso el sabio—. Ya en 1956, el lanzamiento de algunas bombas atómicas rusas en la Antártida produjo uno de los inviernos más duros que había conocido Europa[1]. En estos momentos, el número de proyectiles termonucleares que se lanzan por todas partes están produciendo hondos cambios en la meteorología del Globo terráqueo. Es algo parecido a lo que ocurrió cuando la Tierra empezaba a enfriarse. Grandes explosiones volcánicas, profundos terremotos, eran producidos por las reacciones atómicas en una atmósfera rica en hidrógeno. Los climas debían variar a cada momento y fue después, pasados millones de años, cuando se serenó la génesis de nuestro mundo y el planeta ocupó definitivamente su posición en la elíptica, que la meteorología fue estableciéndose tal y como la conocemos actualmente. Lo que está ocurriendo no es nuevo y muchos sabios avisaron a los gobiernos de las grandes naciones los peligros que supondría para la Tierra una guerra atómica. Son demasiadas convulsiones las que debe soportar el planeta y naturalmente se corre el peligro de que desaparezca.

Reynolds se había puesto mortalmente pálido.

—¡Canallas! — rugió—. Si lo hubiese sabido antes, no les hubiera dado ni un sólo centavo para sus malditos y sucios trabajos.

Recordaba ahora, con el consiguiente remordimiento, que entre sus fábricas había tres exclusivamente dedicadas a investigaciones nucleares, cuyas aplicaciones prácticas le habían proporcionado pingües— ganancias.

Por. un instante, Lo.wel sintió piedad de aquel pobre hombre.

—No debe alarmarse demasiado — dijo—. Sería necesaria mucha potencia explosiva para hacer que la Tierra estallase. Sólo los timoratos y los ignorantes pueden temer una cosa semejante. ¿Qué son las explosiones atómicas junto a los brutales cambios que ha soportado nuestro planeta en su formación? No tenga temor alguno, señor Reynolds.

En aquel momento, uno de los teléfonos interiores se dejó oir. Bruscamente, Harry se precipitó hacia el aparato.

—¿Diga?

—Soy yo, papá.

—¿Qué quieres, Thomas?

—Estoy en la torre de observación, en el pico más alto del Kenia. ¡Han descubierto nuestra ciudad y vienen hacia ella!

—¿Quieres explicarte más claramente, por favor? ¿Quién ha descubierto nuestra ciudad y quién se dirige a ella?

—‘¡Son negros, padre! Miles de negros que corren hacia aquí.

—Llama a uno de los Intérpretes, prepara un coche blindado y espérame en la puerta de esta casa dentro de diez minutos.

Colgó.

—¿Qué ocurre? — inquirió entonces el profesor.

—Los negros se dirigen hacia aquí. Voy a ver qué quieren.

—Sin duda alguna refugiarse. Deben de estar medio muertos de frío. El cambio de temperatura que hemos experimentado ha debido sorprenderles y perjudicarles.

—Seguramente... — comentó Harry mientras llamaba a uno de sus criados.

El profesor esperó a que Reynolds se hubiese endosado su vestido especial, construidos según un diseño realizado por el propio Lov/el y que poseían una regulación térmica entre las dos fuertes telas que los formaban. Aquel era, en realidad, el uniforme que obligatoriamente debían llevar los hombres y mujeres de Reynolds City cada vez que salieran al exterior.

Desde que la temperatura había descendido tan bruscamente, la circulación entre los distintos edificaos de la pequeña ciudad, se hacía por los túneles que ya habían sido construidos desde el principio, debido al frío que en invierno debería reinar en aquellas alturas.

Cuando Harry acabó de vestirse, el profesor le interpeló:

¿Que piensa usted hacer con los negros, míster Reynolds?

—No lo sé aún. Voy a hablar con ellos.

Pero la burlona sonrisa que contrajo el rostro de Harry preocupó profundamente a Lowel.

El multimillonario descendió en uno de sus ascensores particulares, encontrando a su hijo que le esperaba a la puerta de la casa junto a un

vehículo completamente blindado y dotado de todas las comodidades imaginables.

El intérprete lo conducía.

Aprovechando la pista que se había construido para hacer subir el material, el coche descendió velozmente hacia la llanura, orientándose en dirección norte.

La tierra estaba cubierta de una capa de hielo, aún no muy gruesa, pero que aumentaba incesantemente de espesor.

El vehículo, que iba dotado de cadenas, se movía, no obstante, a gran velocidad dejando en su pos una polvareda blanca del hielo que arrancaban los acerados bordes de las cadenas.

Como siempre, Harry, cómodamente, arrellanado en su sillón y gozando de la agradable temperatura que reinaba en el interior del vehículo, permanecía con los ojos entornados. Su hijo, sentado a su lado, estaba por el contrario inertemente excitado y no dejaba de lanzar constantes miradas por la proa de plástico del coche, que dejaba ver una amplia franja de terreno.

Finalmente, cuando al final de un recodo pudo ver la masa de hombres que ocupaba casi totalmente el horizonte visible desde el interior del coche, no pudo contenerse y gritó:

—¡Ya están aquí, papá!

Reynolds abrió los ojos y contempló con una mirada distraída la masa humana que se acercaba velozmente.

Por último, el intérprete frenó cuando los negros estaban apenas a diez metros de la proa del vehículo.

—Pregúntales lo que quieren — ordenó Harry.

El intérprete hizo, ante todo, un gesto afirmativo con la cabeza. Después, apoderándose del micrófono que tenía al lado, lo acercó a los labios, formulando la pregunta que se le había ordenado en cuatro dialectos distintos.

Los negros se habían detenido, manteniéndose a una respetuosa distancia del coche.

Un grupo se distinguió enseguida del resto y avanzó decididamente

hacia el vehículo. Éste estaba dotado de. un micrófono, que ocupaba parte del reborde metálico que había bajo los faros.

—Ordéneles que no se acerquen más — exclamó Harry—, diles que pueden hablar desde donde se encuentran.

El intérprete obedeció.

Momentos más tarde, la voz de uno de ellos penetraba en el interior del vehículo.

—No hace (falta —dijo el indígena —que empleen el dialecto kiswalie, ya que la mayoría de nosotros conocemos el inglés. Lo que deseamos, respondiendo a ¡a pregunta que acaban de formularnos, es asilo. Hemos descubierto esa nueva ciudad y no pudiendo permanecer a la intemperie, solicitamos de las autoridades de esa ciudad que nos permitan vivir en ella. Estamos dispuestos a realizar cualquier trabajo que se nos encomiende, para poder ganar nuestro sustento y el de nuestros familiares.

Cuando acabó de hablar el africano, el intérprete se volvió hacia Reynolds mirándole interrogativamente, ya que no sabía quién iba a contestar

—¡Pásame el micrófono! — ordenó el multimillonario.

La voz seca y glacial de Reynolds se dejó oir en la llanura.

—¿Qué derechos creéis tener para ser albergados en una ciudad particular y que me pertenece? Tenemos las raciones justas para una estancia calculada. Igualmente, los edificios han sido hechos para un número limitado de personas y los terrenos, por medio de la Walter Corporation, los he adquirido por medio millón de dólares. Los límites de mis tierras han sido cuidadosamente marcados y nadie, sin mi permiso, puede penetrar en ellos.

Hizo una corta pausa.

—Yo soy el primero en lamentar — prosiguió diciendo — la guerra y sus consecuencias, porque sencillamente soy yo el hombre que más ha perdido por ello. Francamente, no me es posible ayudaros en nada...

Hubo un silencio que rompió el indígena que había hablado antes.

—Nosotros construiremos nuestras propias casas cerca de su

ciudad, señor, Pero desde la llegada del frío todos los animales han huido y las plantas y frutos se han helado por completo. Comeremos lo menos posible, pero no nos desampare.

Harry puso un gesto de indudable (fastidio.

—Da media vuelta — ordenó al intérprete — y regresemos a la ciudad.

Desdichadamente, olvidó que sus labios estaban muy cerca del micrófono y que por lo tanto los negros le oyeron perfectamente.

El intérprete hubo de hacer un viraje verdaderamente maravilloso para evitar que la masa de indígenas le rodeasen por completo.

Reynolds había palidecido intensamente.

—¡Deprisa, imbécil! —rugió.

Nada más lograr separarse de los indígenas, los primeros disparos empezaron a sonar chocando los proyectiles contra el seguro blindaje del vehículo que, a partir de aquel instante, se lanzó a una loca velocidad por el camino del regreso.

Volviéndose, mucho más asustado que su padre, Thomas dijo:

¡Nos siguen, papá! Van a asaltar nuestra ciudad,

Harry miró con desprecio a su hijo.

—¡Estúpido! — dijo entre dientes.

La masa de negros furiosos fue disminuyendo de tamaño, haciéndose más pequeña hasta confundirse con la línea del horizonte.

Veinte minutos después, el vehículo empezaba a ascender velozmente la pista que conducía directamente a Reynolds City.

Cuando Harry se apeó del vehículo, al pie de su brillante rascacielos de aluminio, se volvió a su hijo.

—¡Sube conmigo, Thomas!

En la terraza transparente, donde se hallaba al mismo tiempo el despacho general del multimillonario, el profesor seguía contemplando el paisaje a través de la cúpula cristalina que coronaba la edificación.

—¡Pronto! — ordenó a su vástago—. ¡Ponme en comunicación con nuestros pilotos!

Minutos más tarde, una docena de muchachos, vestidos con sus trajes de vuelo, se presentaron en el despacho de Harry.

Éste apoyado el rostro en la superficie plástica de la cúpula, observaba la creciente masa humana que se iba acercando al monte Kenia.

—Los pilotos están aquí, padre.

Reynolds se volvió hacia ellos!

—Eso —dijo señalando a los indígenas que corrían hacia la montaña — es vuestro objetivo ¡No dejad ni uno con vida!

El profesor, que se había mantenido hasta entonces apartado, guardando un respetuoso silencio, se adelantó hacia el multimillonario.

—¡No haga usted eso, señor Reynolds!

Harry le miró con una curiosidad burlona.

—¿Qué le ocurre, Lowel? ¿Quiere usted que nuestras provisiones se acaben y que muramos dentro de poco, después de todos los esfuerzos que hemos realizado?

Tenemos alimentos para dos años, señor Reynolds. Distribuyendo bien las raciones y contando con esos desgraciados, podríamos resistir casi ocho meses. Es indudable que después las condiciones climatológicas habrán variado y podremos encontrar animales para alimentarnos. Ochenta mil hombres más pueden ser, en ese momento, de gran utilidad como mano de obra y hasta, si fuese necesario, como Ejército.

—¿Como Ejército? Está usted soñando, profesor. Cuando esos desdichados, como usted los llama, hayan desaparecido, nosotros seremos los únicos pobladores del planeta...

Se volvió hacia los pilotos:

—¡Cumplid mis órdenes y destruidlos!

Thomas se adelantó hacia su padre.

—¿Me dejas ir con ellos?

Reynolds se dio cuenta de que si su hijo deseaba acompañar a los pilotos no era más que para vengarse, de una forma cobarde, del miedo que los indígenas le habían hecho pasar momentos antes.

—¡Ve con ellos!

Desde el estupendo observatorio que constituía la cúpula del edificio, los indígenas, que formaban una tremenda masa oscura que cubría una gran parte de la llanura visible, se veían perfectamente, adivinándose la velocidad con la que se movían, acuciados por el deseo de apoderarse, fuese como fuera, de lo que tanto ansiaban.

Momentos más tarde, los aviones sobrevolaban la ciudad, orientándose definitivamente hacia el llano.

Volaron primero a bastante altura, describiendo círculos al tiempo que iban perdiendo sensiblemente altura.

Luego, al unísono, se lanzaron en picado.

Detrás de la insonora capa de plástico que cubría totalmente el observatorio, ningún ruido era perceptible, pero Harry pudo distinguir, con una perfección completa, las llamaradas que producían las bombas y nebulosidades rápidas de hielo que las balas de las ametralladoras iban levantando en la tierra.

Permaneció mucho tiempo en silencio, contemplando la horrenda matanza que había ordenado sin que ni un solo músculo de su rostro modificase la frialdad e indiferencia de su expresión.

Cuando, aburrido del espectáculo de la matanza colectiva, Harry se volvió, se dio cuenta de que el profesor había desaparecido.

Sonrió divertido, ya que la debilidad de los otros le hacía sentirse mucho más invulnerable a lo que él llamaba «estúpido sentimentalismo de los hombres débiles».

Luego, dejándose caer en uno de los cómodos sillones, pensó en el futuro, deseando que muchos grupos humanos se salvasen para poder extender su poder, de nuevo, sobre la Tierra.

«Cuando los que queden — pensó — no posean nada de lo necesario, yo fabricaré cuanto necesiten, exigiéndoles por el momento su trabajo y su fuerza a cambio de mis productos, de tal manera que

serán ellos los que fabriquen lo que consuman.»

Era, la más áspera concepción del Comercio; una especie de círculo cerrado en el que todo serían ganancias para él.

Estaba seguro de que dominaría al mundo.

«Si somos nosotros solos los que quedamos — volvió a decirse — los Reynolds serán los futuros monarcas de la futura Humanidad.»

Al pensar, por el camino que llevaban sus ideas, en su hijo, frunció el entrecejo, considerando fríamente que era un tímido, un cobarde y un incapaz. —Lleva la sangre de su madre — dijo en voz alta.

Pero la imagen de Raquel, dura, fuerte y fría como él, serenó su inquietud.

«Ella será mi sucesora. Lo importante es convencerla de que, por el momento, no debe casarse. Luego, cuando haya alcanzado el poder que le reservo, podrá elegir un hombre que sea su esclavo y que le procure la descendencia necesaria para que los Reynolds no acaben jamás.»

Mientras paseaba, enfebrecido por sus ideas, penetrando atrevidamente en el arcano del futuro, su voz, que al principio no era más que un susurro, como si hablase consigo mismo, se fue elevando de tono hasta convertirse en verdaderos gritos.

¡Mi viejo sueño se va a ver convertido en realidad! No pude lograr más que llegar a ser el hombre más rico y poderoso del mundo. Pero lo que yo deseo es mandar, ser el monarca supremo de la Humanidad; sentir ese placer inefable que deben experimentar los poderosos de verdad. Saber que millones y millones de criaturas humanas vuelven los ojos hada uno esperando ciegamente las órdenes, los caprichos, los deseos del que les manda…

Una tremenda explosión, esta vez audible perfectamente desde el interior del edificio, interrumpió bruscamente su megalómano ensueño.

Se precipitó al teléfono.

—¡Aquí, Reynolds! — gritó—. ¿Qué ha sucedido?

La voz de su secretaria, de Helene, sonó en el otro extremo del hilo.

¡La pila atómica ha hecho explosión, señor!

Harry colgó el teléfono con un gesto de cansancio.

Pero, inesperadamente, una carcajada estruendosa se escapó de sus labios.

¡Vencería por encima de todo!

CAPÍTULO V



E habían detenido, el segundo día de su llegada al Continente africano, en un pequeño oasis, en pleno desierto de Libia.

El agua hervía en los radiadores de los vehículos y los cuerpos estaban cubiertos.de un sudor desagradablemente pegajoso y que hacía difícil cualquier movimiento, convirtiendo en molesto el menor gesto.

Durante la, travesía, Richard se había visto obligado a nombrar un segundo, para poder dirigir mejor a la masa de hombres, mujeres y niños que, poco acostumbrados a los viajes, se espantaban ciertamente del que estaban haciendo.

Pierre Volain, el párroco, había hecho cuanto estaba al alcance de su mano para ayudarle; pero sus sesenta años eran un «hándicap» demasiado cierto para poder exigir un esfuerzo constante de su fatigado organismo.

Desde el primer momento, Richard se había fijado en un joven alto, de corpulencia poco común y muy inteligente, como lo había demostrado en muchas ocasiones durante el viaje, haciendo ostensible al mismo tiempo que poseía indudables dotes de mando.

Antoine Vandeil aceptó encantado la misión que el jefe le encomendaba, poniéndose desde el primer momento a trabajar como si de sus actos dependiese directamente el destino de aquélla extraña expedición.

En el oasis, después de calmar la sed, las mujeres y los niños

buscaron la sombra de las altas palmeras, mientras los hombres montaban el campamento y algunos de ellos se apresuraban a cambiar lo más deprisa posible el agua de los radiadores que salía, en realidad, en densos chorros de vapor.

Jane, al lado de su marido, colaboraba en las labores más arduas.

—¡Eres una mujer cita formidable! Pero debes descansar un poco; la caminata de hoy ha sido exagerada.

— Déjame estar a tu lado, Richard, te lo suplico.

Por desgracia no he podido gozar de mi matrimonio y nuestra luna de miel ha sido la más extraordinaria de cuantas pueden imaginarse.

— Está bien, tozuda. Puedes quedarte a mi lado, pero trabaja menos.

El campamento estuvo —montado en un santiamén.

Luego, como cada noche, los hombres se reunieron alrededor del fuego, esperando que Richard les hablase como de costumbre.

Mientras, las mujeres preparaban la cena.

Se encendieron los cigarrillos y las pipas, gozando del descanso bien merecido.

— Debemos seguir hacia el sur — empezó a decir Richard—. Os he traído a África, porque de todos los lugares próximos a Europa sigue siendo el más seguro. Mientras Asia Menor y Asia en general han seguido un ritmo de industrialización intenso desde principios de siglo, África no tiene, fuera de su litoral occidental, grandes ciudades que puedan significar necesarios objetivos para las bombas atómicas. Por otra parte, su alejamiento de las zonas bombardeadas puede evitar, al menos así lo espero, que las nubes de la radiactividad se extiendan demasiado por sus territorios.

—¿Hacia dónde vamos exactamente? — preguntó uno de ellos.

—No lo sé con seguridad — repuso el joven—. Lo importante es alejarse hacia el Sur, hasta encontrar un territorio que nos sea propicio y donde podamos establecernos de una manera definitiva. Quizá en el Sudán, o más abajo. Eso ya lo veremos.

El párroco exclamó entonces

—¡Quiera Dios que este desierto se acabe pronto!

Richard sonrió antes de contestar:

—Tenemos aún algunos días de marcha, padre, y las tierras hacia las que nos acercamos no son menos cálidas. No hay más remedio que tener paciencia.

La cena disolvió la reunión y cada uno fue a buscar a su familia o a sus amigos para compartir la corta dicha que les procuraban aquellos momentos de unión.

Richard, con su esposa, el tío de ésta y Antome, formaban un grupo de los más animados.

—¿Has hecho ya tu discurso? — inquirió Jane al ver que los hombres se acercaban.

—Ya está — repuso Richard.

—No sabía que iba a casarme con un orador. Luego no vendrás diciendo que soy yo la que tengo la palabra siempre.

Él la miró con ternura.

—Me gustaría mucho más que fueses tú la que hablases siempre, querida; te lo aseguro.

La cena fue rápida y transcurrió en medio de conversaciones sobre temas banales y fútiles.

Poco después, los cuerpos exigieron el descanso con un lenguaje de bostezos constantes, que terminó disgregando la casi ya finalizada sobremesa.

También, como de costumbre, Richard y el párroco se dirigieron directamente al camión donde tenían el aparato de radio.

Las noticias no podían ser más desastrosas y la muerte, la desolación y el espanto reinaban como poderosos monarcas sobre la Tierra.

—Nuestra civilización está agonizando — dijo Volain.

—La nuestra y todas las demás — completó el joven.

—Es curioso — siguió diciendo el sacerdote como si hablase

consigo mismo — que se haya predicho muchas veces que el mundo terminaría en el año 2000. En el 1000, nada ocurrió y se equivocaron lamentablemente los que pronosticaron la postrer catástrofe. Ahora, sin embargo...

—No estoy yo seguro que el mundo se acabe, reverendo. Por el momento, nosotros intentamos escapar a la catástrofe. ¿Es que podemos concebir que hemos sido los únicos en hacerlo? No lo creo. Otros grupos humanos, en estos momentos, deben estar imitándonos, luchando con la distancia, en el desierto y las montañas, en los valles y mares, para escapar a esta catástrofe sin precedentes.

Apagó la radio, que seguía vertiendo noticias catastróficas, y prosiguió:

De todos esos grupos que logren salvarse saldrá la nueva Humanidad y lo que hay que desear es que la mayor parte de los hombres que hayan logrado escapar a la hecatombe tengan el suficiente sentido común para darse cuenta de la responsabilidad que ha caído sobre ellos...

—¿Qué quieres decir, Richard?

—¿Se imagina usted que, aprovechando las circunstancias extraordinarias por las que las naciones han pasado, hayan logrado fugarse de cualquier penal del mundo un grupo de criminales feroces? Después, cuando las aguas vuelvan a su curso, como suele decirse, serán ellos, con su arrojo, su bestialidad y su fuerza los que den a la nueva Humanidad su más genuino aspecto.

—Dios no lo querrá.

—Eso es lo que debemos esperar. ¿Qué le parece si nos fuésemos a dormir?

* * *

Al despertarse, Richard se sintió extrañamente paralizado por algo que, por el momento, no pudo explicarse.

Después, al analizar la sensación extraña que experimentaba, se percató de que su cuerpo parecía aletargado por un frío atroz y tan

intenso que le hacía castañear los clientes.

Extendió la mano, hasta tocar el rostro de su esposa, que dormía a su lado, encontrando la piel tan helada como la suya...

¿FRÍO?

Al amanecer solía bajar la temperatura, como durante la noche, en el desierto; pero aquel frío que se experimentaba tan crudamente era completamente anormal y no debía haberse producido jamás en aquellas latitudes.

Haciendo un poderoso esfuerzo, logró incorporarse y después de vestirse, sin dejar de tiritar, se echó la manta por encima, atreviéndose, solamente entonces, a salir de la tienda de campaña.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

No era para menos, ya que el espectáculo que se ofrecía a sus ojos era verdaderamente extraordinario.

Una densa capa de nieve cubría completamente los arenales y las palmeras, cargadas de fantásticas estalactitas blancas, habían perdido su característico aspecto para cobrar el de singulares fantasmas que apenas destacan sobre la blancura general que aparecía por doquier

Anduvo unos pasos, convencido aún de qUe aquello no podía ser más que una ilusión óptica, un espejismo particular que nada tenía que ver con la realidad y que de un momento a otro dejaría de ser, ¡presentándole el aspecto que siempre ofrecían todos los desiertos del mundo.

Pero, cuando se acercó a la pequeña laguna que entre las palmeras se extendía dentro del oasis y se percató claramente de que el agua estaba helada, comprendió que aquello no era ningún espejismo y que la Tierra debía estar experimentando profundos y tremendos cambios.

Algunos de sus compañeros, despiertos y tan extrañados como él, vagaban por el campamento contemplando con los ojos desmesuradamente abiertos el fantástico inaudito espectáculo que se ofrecía ante ellos.

Finalmente coincidieron junto a los vehículos.

Miraron a Richard como si fuese aquella la primera vez que le veían.

—Pero, ¿qué ha ocurrido?

—No puedo explicarlo aún — repuso el joven—. De todas formas debemos despertar enseguida a todo el mundo. ¡Vamos!

Fue entonces; es decir, algunos minutos más tarde cuando los primeros alaridos de dolor hicieron que hombres y mujeres se mirasen extrañados.

Separándose de su esposa, a la que había conseguido reanimar con un poco de alcohol, Richard corrió velozmente hacia la parte del campamento de la que partían aquellos alarmantes gritos.

¡Mi hijo! —exclamaba entre sollozos desgarradores una pobre mujer.

La escena se repetía un poco por cada parte y los lamentos dominaron muy pronto la totalidad del campamento.

El frío brusco, inesperado, había matado a la mayor parte de las criaturas, sobre todo a las de más corta edad.

—Debe usted, reverendo —dijo Richard—, disponer enseguida el entierro. No podemos estar aquí interminablemente. ¡Vamos, Antoine!

Acompañado del gigante, el joven se dirigió hacia los vehículos, percatándose enseguida de que el agua se había helado en los radiadores de los automóviles.

—Vamos a calentar un poco de agua a ver si los coches quieren andar, aunque lo dudo.

Las previsiones del periodista resultaron desdichadamente ciertas.

La gasolina se había igualmente helado y de nada sirvieron euantas maniobras realizaron para poner los coches en marcha.

Richard estaba desesperado.

La preciosa carga que abarrotaba los vehículos debía ser abandonada y aquello era lo que más le ponía fuera de sí.

—Hemos de distribuir lo más importante entre los hombres y proseguir el camino. Si nos quedamos aquí, no duraremos mucho.

El cielo, en el que era imposible distinguir el sol, ofrecía un feo color plomizo y la nieve no tardó mucho en empezar a caer de nuevo

sobre sus desconcertadas cabezas.

Tres horas después, cuando se hubieron distribuido los pesados paquetes entre los hombres, cargando solamente lo indispensable y todos se hubieron puesto las prendas de más abrigo, envolviéndose incluso con mantas, la caravana, abandonando todo lo que consideraba precioso, se puso en marcha, siguiendo los seguros pasos de su guía.

Jamás, en todo lo largo de los tiempos, se había visto sobre aquel inaudito desierto un grupo de seres tan aferrados a la esperanza como aquél. El viento, arrastrando montones nebulosos de nieve, azotaba cruelmente los rostros, clavando mil invisibles y dolo— rosas agujas en la piel.

Pero, siendo la marcha la única manera de que la sangre circulase en las venas, todos procuraban seguir el ritmo de los que les precedían, sin levantar la cabeza, presas de las más pesimistas ideas y con el solo deseo que aquel tremendo martirio terminase.

¿Cuántos kilómetros recorrieron en aquel interminable día?

Nadie hubiese podido decirlo.

Dos veces hubieron de detenerse para enterrar a un hombre y una mujer, un matrimonio de ancianos casi, que perecieron víctimas del frío. Aquellas desgracias les sobrecogían a todos.

Pero hasta eran incapaces de llorar, porque los ojos irritados por el frío y la piel aterida les impedía hacer el menor gesto, convirtiendo en tremendamente dolorosa la menor mueca que se atrevían a hacer.

Richard, a la cabeza y j unto a su esposa, se daba cuenta de que no podía exigir de nadie, incluso de sí mismo, el esfuerzo espantoso de la marcha y que era completamente imposible avanzar más hacia el sur del Continente negro.

Sin embargo, deseando huir de aquella planicie helada, donde no existía el menor refugio, logró que los miembros de la caravana, después de un reposo diurno para aprovechar el momento de menos frío, prosiguiese el camino durante tres días y tres noches, con pequeños intervalos de alto, hasta lograr llegar al término del alucinante desierto.

Nada maravilloso era, ni mucho menos, el territorio en el que entonces penetraron, pero después del que acababan de atravesar, les

pareció una especie de paraíso y cuando Richard logró hallar unas grutas, situadas a bastante altura, en un zona francamente montañosa, descendió rápidamente para decir a los demás que, por el momento, había encontrado el hogar colectivo donde podrían esperar con un poco de suerte días mejores.

En aquella pequeña exploración le había acompañado Antoine y juntos empezaron el descenso hacia el llano.

—Es probable — decía Richard — que esta ola de frío desaparezca pronto. Pero, si las modificaciones que la Tierra ha sufrido son profundas, habremos errado el camino y nada podrá salvamos.

—Hubiéramos debido huir hacia el Norte, ¿no es eso?

—Naturalmente. Pero, ¿quién podía adivinar el cambio de clima que sé ha producido? Además, desde Francia, hubiéramos tenido que penetrar en Alemania donde las grandes batallas de «robots» han tenido curso. No, la única buena solución, es la que hemos escogido, ya que a pesar de todo, estamos aún vivos...

—Eso es verdad.

Terminaron el descenso y pronto estuvieron junto a sus compañeros.

El sacerdote, visiblemente agitado, salió a su encuentro.

—¿Qué ocurre? — inquirió Richard.

—Escuchad un poco. ¿No oís nada?

—Parece una tormenta... — insinuó Antoine

Richard guardaba silencio, haciendo lo imposible por interpretar aquel singular sonido que se acercaba por momentos.

Se volvió a su segundo.

—Acompaña a los nuestros al refugio y que se vayan instalando. Yo, con algunos hombres armados, voy a quedarme aquí...

Así lo hicieron y cuando el resto de la caravana desapareció entre los riscos, Richard reunió a la media docena de hombres que se habían quedado con él.

—Vamos a colocarnos estratégicamente detrás de esas rocas. Pase

lo que pase, que nadie se mueva del lugar que ocupe y, si es necesario o yo lo hago, utilicen las armas de fuego.

Esperaron cerca de una hora, en medio de un silencio que sólo rompía el trueno, que crecía por momentos.

Finalmente empezaron a surgir en el horizonte, blanco de nieve como el resto, unas extrañas y descomunales siluetas, que fueron aumentando progresivamente de tamaño hasta hacerse perfectamente identificables.

¡Eran colosales paquidermos, grandes rinocerontes y descomunales elefantes que avanzaban en tromba, levantando gigantescas nubes de nieve!

La formidable estampida ocupaba una amplitud de más de tres kilómetros de frente, y aunque no podía adivinarse su profundidad, el ruido que formaban hacía prever la más formidable manada de animales que habían desfilado de aquella forma.

Bastante antes de que la manada se acercase, Richard, exponiéndose a un cierto peligro, corrió de un puesto a otro, ordenando a los hombres parapetados detrás de las rocas que disparasen a placer, matando a cuantos animales pudiese.

Ellos, asombrados y sin comprender los propósitos del joven, asintieron no obstante, dispuestos a cumplir las instrucciones que acababan de recibir.

Parapetado tras la roca que le servía de refugio, Richard preparó su rifle automático, colocando las municiones de recambio al alcance de su mano.

Estaba contento.

Después de las penosas y tristes jornadas que habían atravesado, aquella era la primera ofrenda que les hacía el destino y Richard pensó que la naturaleza, a pesar de sus indudables crueldades, era generosa la mayor parte de las veces.

El ruido que producían los miles de pesadas pezuñas sobre ¡a nieve, a pesar de que ésta lo amortiguaba bastante, se convirtió en algo ensordecedor y capaz de hacer perder la razón al hombre más templado.

Para escapar a aquella sensación de angustia y, al mismo tiempo,

evitar que los otros la padecieran, el joven empezó a disparar contra los primeros animales, que ya estaban sobradamente al alcance de las armas.

Las grandes masas de carne fueron derrumbándose, como colosales montañas, levantando grandes cantidades de nieve a su alrededor. Los demás, completamente indiferentes a los caídos y su suerte, prosiguieron la marcha, rugiendo como una tormenta sin precedentes.

Pasando junto a las rocas que protegían a los hombres de Richard, hicieron que éste, como aquéllos, se viesen cubiertos por la nieve que despedían las patas, haciéndoles padecer la más densa nevada que contemplaron jamás.

Disparar en aquellas condiciones era completamente imposible y hubieron de esperar cinco interminables y largas horas hasta que el grueso de los animales hubo pasado.

Entonces, cuando la nieve cedió y pudieron al fin contemplar el paisaje, Richard lanzó un verdadero grito de alegría al ver que en pos de los gigantes de la selva, una heterogénea masa de animales, que seguía a los colosos, se precipitaba por el espacio abierto.

Lo maravilloso era que los antílopes, los búfalos, las cebras y las jirafas, todos ellos mucho más rápidos que los elefantes y rinocerontes que les precedían, seguían mansamente a los más lentos, movidos por un instinto formidable que les hacía prever la facilidad que los gigantes iban preparando para su marcha.

Richard empezó a disparar contra antílopes y búfalos, señalando así la pauta a sus compañeros.

Cuando, casi al anochecer, terminaron de pasar los animales, los hombres se reunieron.

—Por largo que sea este crudo y excepcional invierno— dijo—, tenemos alimentos en gran cantidad.

Los hombres, que comprendían ahora la maravillosa idea de su jefe, estaban sinceramente contentos.

—Pero — preguntó uno — ¿para qué hemos matado a los elefantes y rinocerontes?

Richard sonrió misteriosamente.

—Los tiempos — dijo — van hacia atrás, amigos míos…

Y, por primera vez, se oyó aquella profètica frase que encerraba la terrible verdad:

—TENEMOS QUE VOLVER A EMPEZAR…

CAPÍTULO VI

ISTER Reynolds no se percató exactamente de la gravedad de la noticia que acababan de darle hasta que un grupo de técnicos, aterrados, se presentó ante *él,* para informarle de lo ocurrido.

—¡La pila atómica ha explotado misteriosamente, señor! —le dijo uno de los técnicos.

—Está bien, está bien... ¿No podemos hacer nada —Nada en absoluto.

Y como el que hablaba se diese cuenta de que el multimillonario no se percataba de las reales dimensiones de la tragedia:

Escuche, señor Reynolds: la destrucción de la pila atómica significa que dentro de pocas horas, cuando los acumuladores se hayan agotado, nos quedaremos sin energía de cualquier clase que sea. Eso quiere decir, señor Reynolds, que no tendremos luz, calor, refrigeración, ni acondicionamiento de aire, ni ascensores...

—¡Basta!—rugió Harry.

Y después de un silencio emocionante:

—¡Basta!. ¡Basta!. ¿De qué me ha servido salvar vuestras miserables vidas? Yo creía..., ¡ingenuo de mí!, que erais hombres inteligentes y que ninguna dificultad iba a presentársenos en este retiro. ¡He gastado millones y millones de dólares para poner a salvo a vuestras familias y a vosotros! ¡Millones de dólares que no me han servido para nada!. ¡Banda de inútiles, grupo de cretinos!

Estaba rojo de rabia y sus globos oculares parecían, en su agudo perfil de ave de presa, querer salírsele de las cuencas.

¡Fuera de aquí! ¡Traed los acumuladores a este edificio, inmediatamente!

Al quedarse solo subió a su despacho, percatándose de que el ascensor había perdido ya mucha fuerza.

Tomó el teléfono.

—¡Heléne, póngame inmediatamente con el jefe de mi guardia!

Y, momentos más tarde, la voz áspera de Lewis, el cruel jefe de su guardia personal, desde hacía ya diez años, sonó al otro lado del aparato.

—¿Diga, señor Reynolds?

—¿Eres tú, Lewis?

—El mismo, señor.

—Escucha bien. Vas a coger a los muchachos y cuando esa banda de imbéciles de los técnicos hayan acabado de montar los acumuladores en mi casa, los echas fuera y cierras todas las puertas. ¿Entendido?

—De acuerdo, señor Reynolds.

Que nadie más entre en la casa, salvo el profesor Lowell, a quien buscarás y traerás enseguida. ¿Dónde está mi hija?

—Dando una vuelta con su avión, como de costumbre. . .

—Avísale por radio y que regrese inmediatamente. ¿Cómo estamos de armas?

—Bien, señor.

—¡Ah, se me olvidaba! Haz que los pilotos y sus aparatos, los que han ido con mi hijo a matar a esos apestosos negros, aterricen en nuestra terraza. Tienes que darte cuenta de que el resto de la población, que va a quedarse sin luz ni calor, puede intentar asaltar nuestro edificio.

—Pierda cuidado, señor. Mis hombres y yo estamos acostumbrados

a los jaleos.

—Está bien, cuando hayas cumplido todas mis instrucciones, me telefoneas.

—De acuerdo, señor Reynolds.

Una hora después el teléfono sonaba insistentemente. La voz de Lewis volvió a sonar:

—Ya está todo, señor Reynolds.

—¿El profesor?

—En este momento sube a su despacho.

—¿Los técnicos?

—Expulsados a patadas.

—¿Mi hija?

No tardará en llegar. ¿Sabe usted que toda la ciudad está a oscuras?

—Sí. ¿Qué otras cosas ocurren?

—Hay mucho movimiento en la ciudad, pero no puedo decirle lo que están tramando...

—Es igual. ¿Han regresado los pilotos?

Sí. Su hijo se ha ido a descansar con ellos.

—Perfectamente.

—Una cosa, señor Reynolds.

—¿Qué, Lewis?

—¿Sabe usted cuántas mujeres hay en el edificio1?

—No.

—Hay dos: Heléne y su hija.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, señor; era una reflexión.

—Ya comprendo. No te preocupes, más tarde arreglaremos ese punto.

—Gracias, señor.

La noche se estaba echando encima y cuando la iluminación del edificio se instaló, la puerta del despacho del multimillonario se abrió para dar paso al profesor.

—No debía usted permitir una iluminación tan intensa. Dentro de pocas horas los acumuladores no podrán dar más energía.

—¿Dónde se había metido usted, Lowell?

— Estaba en la ciudad. Me gusta convivir con los hombres corrientes.

—¿Qué dicen?

—Cosas bastante desagradables. Cuando se han quedado a oscuras, han pensado que todo se arreglarla en unos instantes; pero, después, cuando han sabido la verdad de lo ocurrido y han comprobado que solamente aquí había luz y calor, se han sentido engañados y furiosos

—¿Engañados? ¿Por qué? ¡Yo les he dado la vida y puedo quitarles esa oportunidad! ¡Soy su amo y deben respetarme!

—Ya lo han hecho… hasta ahora. El frío, dentro de estos sarcófagos de aluminio, es muy desagradable. Además, la oscuridad.

—¿Qué puedo hacer yo? No soy un técnico…

—Pero ellos esperaban que fuese usted un hombre…—pero Harry le atajó, inquiriendo:

—¿Qué quiere decir, profesor?

Lo que ha oído. Ellos le creían un hombre, un jefe que sabría compartir con ellos la existencia que les ha dictado usted mismo.

—Tenga cuidado con lo que dice, Lowell; puedo enviarle con «sus» queridos amigos.

—Ése es mi mayor deseo, señor Reynolds.

El multimillonario sonrió burlonamente.

— Ya lo sé; por eso, precisamente, le he hecho venir aquí. Debe estar con nosotros, conmigo; es decir, con quien le paga y le da comida, con su amo, ¿entiende?

Lowell no contestó.

En aquel momento, Raquel, aterrada, penetró en la estancia.

—¡Padre, están asaltando la casa!

—No te preocupes, pequeña; Lewis sabe lo que se hace.

Curioso, Harry se alejó hacia el observatorio contemplando la masa humana que luchaba desesperadamente abajo.

—I Imbéciles!. ¡Desagradecidos!

Volvió el rostro congestionado hacia Lowell.

—¡He ahí su humanidad, de la que está usted orgulloso! ¿Cuándo se'darán cuenta los hombres que no sirven para nada si no son dirigidos, orientados, si no obedecen y se pliegan sin discutir a los caprichos de los grandes, de los que han nacido para mandarles?.

* * *

Leo Renoir dirigía a los amotinados.

Alto, bien construido, de anchas espaldas y ojos azules, sobre una piel morena, curtida por el sol de los puercos americanos, en los que había trabajado casi toda su vida, desde que llegó de Francia, manejaba las armas con la misma facilidad que la descomunal grúa de la que se servía en la lejana América.

Sus ojos, como los de todos los que le rodeaban, brillaban con una rudeza tremenda y sus voces roncas eran los únicos sonidos que se dejaban oír entre las descargas y las ráfagas de las armas.

Toda la amplia base del edificio *de* Reynolds estaba perforada, abollada y hendida por la lluvia de proyectiles que incesantemente caía sobre ella.

—¡Adelante, muchachos! — gritaba el enronquecido Léo—. ¡Demostremos a ese farsante que no puede reírse de nosotros!

El cerco se iba estrechando, pero los hombres de Lewis, estupendamente parapetados detrás de los gruesos paneles del edificio, barrían a los que se atrevían a acercarse demasiado.

De todas formas, la silueta del francés se recortaba, al mismo tiempo, en todas partes y sus hombres, enardecidos por su valiente actitud, iban logrando acercarse a una de las puertas a medio destruir del alto edificio.

Fue entonces, cuando un grupo de asaltantes, creyendo lograr su principal objetivo, se lanzaba impetuosamente sobre la puerta, cuando un chorro ardiente brotó de la primera planta de edificio achicharrando a los que habían llegado junto al muro.

—¡Lanzallamas! ¡Son lanzallamas! — gritó uno.

La retirada se hizo rápidamente, pero sin poder evitar que la catástrofe fuese tremenda.

Retorcidos, quemados, lanzando horrísonos lamentos, muchos asaltantes quedaron en tierra, abandonados irremisiblemente por sus compañeros, que ya no podían hacer nada por ellos.

Léo ordenó la retirada.

Volvieron, vencidos y tristes a la ciudad en tinieblas...

El frío iba insinuándose por todas partes y los lamentos de los niños ateridos, las exclamaciones de las madres y los juramentos de los hombres se mezclaban con los lamentos dé los que regresaban gravemente heridos.

Empezaron a quemar muebles y enseres, brillando las hogueras provisionales en la noche, al pie de los edificios definitivamente abandonados.

Leo se había reunido con algunos de los hombres y expresaba los planes que podrían sacarles de aquella catastrófica situación.

—Tenemos víveres en cantidad —dijo — y podemos alejarnos de esta maldita ciudad, llevándonos todo lo que podamos. Lejos de aquí, podremos albergarnos en cavernas y defendernos contra esta horrible temperatura. Aquí acabaremos todos en una tortura mucho más

horrible que la de esos pobres negros que mandó aniquilar Reynolds.

—Estamos de acuerdo, Leo —repuso otro— Yo, por mi parte, te seguiré con mi familia adonde tú quieras llevarnos.

—¡Y yo!—exclamó un tercero.

Todos, finalmente, aceptaron el plan del joven, porque era el único que podía ofrecerles una cierta esperanza.

Además el deseo unánime de todos, ya que no habían logrado aniquilar el poder nefasto de los Reynolds, era el de alejarse de allí cuanto antes, para perder de vista los brillantes edificios de aluminio que les parecían el símbolo de la última maldad humana que quedaba sobre la Tierra.

El éxodo se inició al alba.

Una larguísima hilera de gentes, catorce mil en total, empezó a descender la pista por la que tan alegres habían subido semanas antes.

A la cabeza de aquella formidable caravana, Leo se orientó, alejándose hacia el norte, como si un íntimo deseo le empujase a estar más cerca de su casi olvidada patria.

Día tras día caminaron, se detuvieron, volvieron a, marchar, infatigablemente, incansablemente, hasta que encontraron una pequeña formación montañosa, repleta de anfractuosidades rocosas, de bastante amplitud, donde establecieron un campamento definitivo.

Empezó entonces para ellos una época de trabajo, condicionando las cavernas con todos los objetos que se habían llevado de Reynolds City.

Pero la crueldad de aquel invierno era demasiado intensa para permitir que los hombres pudiesen disfrutar del menor lujo. Parecía como si la Naturaleza, deseando vengarse de la locura humana que la había herido tan profundamente gozase ahora reduciendo a los orgullosos hombres a su expresión más primitiva.

Lejos de allí, en la brillante ciudad de aluminio, cuando los acumuladores de energía terminaron su función, la oscuridad y el frío hizo su aparición de una forma brutal y desde el último pistolero, al poderoso Harry, tuvieron que empezar a hacer planes para sobrevivir.

Los, consejos de Lowell fueron ciertamente preciosos y pocas

semanas después los hombres de la ciudad abandonaban su colosal obra, refugiándose en las grutas vecinas.

Pero, hasta allí, el genio absolutista de Harry, llevó el veneno de su megalomanía.

Lewis y sus hombres, después de guardar todas las provisiones en el fondo de una de las cuevas, la más grande y espaciosa, se quedaron allí, en guardia permanente, ya que Harry personalmente o su hija eran los que realizaban la distribución cotidiana de víveres.

Aquella cueva, la del fondo se entiende, comunicaba directamente con la que ocupaba el multimillonario y en la que se amontonaban las joyas y tesoros que había traído de América. De esta forma, él podía aprovisionarse de cuanto deseaba y en cualquier momento.

Thomas, Raquel y Lowell vivían con él.

Una extraña aprensión se había apoderado del déspota; una aprensión que le comunicó un terror creciente y que le hacía convencerse cada mañana de que el profesor seguía a su lado.

Á los pocos días de haber abandonado la ciudad, Thomas, que había salido con su hermana a recorrer las otras cuevas habitadas por los cincuenta hombres que habían quedado al servicio de su padre, volvió francamente asustado.

—*Se* quejan de que no les das bastante de comer, padre— dijo al entrar.

Reynolds, que no hacía caso alguno de su hijo, al que despreciaba sin disimulo alguno, miró a su hija.

—¿Qué ocurre, Raquel?

—Creo que has exagerado, padre — repuso ésta —. Has hecho un racionamiento muy pequeño... Sería conveniente aumentarlo.

—Está bien — gruñó Harry —. Auméntalo tú.

De todas formas, Raquel, que había heredado plenamente el carácter de su padre, aumentado por la regalada vida que había tenido, sintió a partir de aquel instante un desprecio olímpico hacia Reynolds, mucho más intenso que el que éste experimentaba por Thomas.

Reynolds, profundamente preocupado por un futuro, que se presentaba mucho más restringido de lo que él había soñado, se dio cuenta del cambio que se estaba efectuando a su alrededor.

Raquel, después de lanzar una inquisitiva mirada en derredor, se dio cuenta, de que el hombre más poderoso, en aquellos instantes, muchísimo más que su padre, era Lewis, que, poseedor de las únicas armas y de las provisiones, podía, si lo deseaba, convertirse en el único amo de todos los supervivientes de Reynolds City.

A partir de aquel momento, Raquel fue vertiendo veneno y deseo en el primitivo cerebro de Lewis. Al principio, como todos los que están acostumbrados a que alguien piense por ellos, las ideas de la muchacha asustaron a Lewis, que se consideraba incapaz de tomar las riendas.

Pero Raquel, que era esencialmente bonita, ofrecía al jefe de la guardia de su padre, demasiadas cosas para que éste pudiese permitirse el lujo de despreciarlas.

Así, una mañana, Raquel y Lewis se presentaron ante el déspota.

—Padre.

El tono de la voz de la muchacha hizo que Harry levantase la cabeza, clavando sus pupilas en el rostro de la hija.

—¿Ocurre algo malo, Raquel?

—Todo lo contrario, padre; me he casado con Lewis.

El bruto sonrió bestialmente.

Pálido de cólera, el multimillonario se levantó, con los puños cerrados.

—¿Qué clase de broma es ésta, Raquel?

Ni había mirado un solo momento a Lewis, al que ignoraba por completo, dirigiéndose directamente a su hija.

—No es ninguna broma, papá. Me he casado con Lewis.

—Pero ¿quién os ha casado? ¿Quién te ha autorizado a ello?

Se dio cuenta entonces de la tremenda realidad que significaban las palabras de la joven. La furia hizo destellar sus ojos.

Entonces se volvió hacia Lewis.

—¡Bestia!. ¡Te haré matar!

El bruto, que seguía temiendo a su amo, retrocedió temeroso...

—¡LEWIS! — gritó entonces Raquel.

Aquel grito hizo caer el telón fantástico que siempre había salvaguardado a Harry de la fuerza bestial del otro.

La pistola que empuñaba Lewis fue el objeto que cambió los papeles en una décima de segundo.

Se volvió hacia la muchacha.

—¿Le mato?

—No, aún no; por el momento no lo creo necesario...

Con las pupilas dilatadas por el horror, Harry miró a su hija. No, no era posible.

Se frotó los ojos con los dedos como si desease apartar un mal sueño, una alucinación de delante de él.

—¡Raquel!

Ella se había acercado al gigante y prendiéndose de uno de sus brazos, le miró amorosamente a los ojos.

—Vamos, querido.

El cambio se realizó por sí solo, sin estridencias. Harry se dio cuenta que la época de su dominio había terminado y reducido a nada, igual que cualquiera de los otros, permaneció olvidado en el fondo de la gruta, junto al profesor, la mayor parte del tiempo monologando como un demente.

Raquel y Lewis iniciaron su reinado, aumentando considerablemente las raciones y ganándose la confianza y la amistad de los hombres que les rodeaban. Hicieron muchos viajes a la ciudad, aprovechando los momentos en que el frío cedía un poco.

Ella dominaba al bruto fácilmente, pensando por él y, en realidad, era ella la que mandaba despóticamente, a pesar de las apariencias que habían hecho creer a todos que empezaba una nueva época.

Hizo que Lewis ordenase a sus hombres para que buscasen una nueva cueva, más espaciosa y cómoda que todas las que habían ocupado, llevándose allí las provisiones y las armas y yéndose a habitarla con su marido.

Thomas no salió perdiendo en el nuevo cambio, ya que su hermana, aunque lo despreciaba como su padre, no llegaba a odiarle como éste.

Transcurrieron así las semanas y nada pareció cambiar; sobre todo el tiempo, que continuaba siendo el mismo. África, sumergida en aquélla nuera época de los glaciares, estaba completamente cubierta de hielos y sus sabanas, sus mesetas y sus llanuras, parecían completamente vacías de vida.

Por otra parte, el mundo, en su totalidad, había muerto. Europa, Asia y América, así como la lejana Oceanía, no eran más que desiertos continentes de los que la vida había desaparecido por completo.

Llevaban seis meses unidos cuando una mañana, al penetrar la luz por la entrada de la gruta y justamente cuando Lewis abría los ojos, se volvió en el rudimentario lecho en que dormían, hacia su esposa.

Por el momento, tal fue el terror tremendo que se apoderó de él, no pudo dar crédito a sus ojos, luego, lentamente la realidad penetró en obtusa y limitada mente, saltó prestamente del revoltijo de mantas y vistiéndose con premura, escapó corriendo hacia el campamento, perseguido por la alucinante imaginación que acababa de ver.

Raquel, completamente calva, con el rostro repleto de llagas y los labios parcialmente comidos, seguía durmiendo tranquilamente.

CAPÍTULO VII

ESDE la fecha trágica de 1999 han pasado siete años. Siete largos años de oscuridad para el mundo, que la Tierra ha aprovechado para cicatrizar las profundas heridas que le hicieron los hombres.

En marzo del año 2006, el tiempo empezó a dulcificarse y Richard y los suyos pudieron por fin salir de sus grutas en tropel y respirar un aire tibio que llenó de vitalidad sus pulmones.

Durante años, se habían alimentado, después de consumir las provisiones que trajeron consigo, de los animales que habían matado en la llanura helada y que la temperatura había conservado maravillosamente.

Durante todo aquel tiempo, nadie cayó enfermo ni se produjo una sola baja, viviendo todos en una perfecta armonía y esperando, mientras escuchaban las palabras reconfortantes del reverendo.

En tropel, gritando con una alegría que parecía infantil, los hombres, las mujeres y los niños corretearon por la llanura descubriendo con un gozo inenarrable que algunas flores y plantas empezaban a surgir, como por milagro, de aquella tierra que durante tanto tiempo había permanecido completamente muerta.

Jane y su esposo, cogidos del brazo, contemplaban a sus dos hijos, nacidos en las grutas que junto a los otros pequeños corrían, brincaban y gritaban alborozados.

Todos, sin excepción, iban vestidos con pieles, ya que sus antiguos trajes no pudieron resistir la usura del tiempo.

Era, como solía decir Richard, un «volver a empezar», una nueva y

curiosa prehistoria formada por hombres que habían gozado de la más potente y terrible de las civilizaciones que el hombre alcanzó.

Ellos, que habían visto y usado los aviones, la televisión, que conocían la estructura y forma del Globo, con todo detalle, estaban allí, vestidos como hacía, millones de años lo habían hecho los primeros hombres.

De nada les habían servido las enseñanzas, la cultura, la civilización y todos los adelantos logrados en el curso de los siglos. Herida mortalmente, la naturaleza se había vengado de la osadía humana, reduciendo a los supervivientes de la Gran Catástrofe a retroceder hacia los tiempos del Paleolítico, ya que los rifles y armas cortas, cuyas municiones se les habían terminado hacía mucho tiempo, no tenían más utilidad que las de unas simples mazas.

El reverendo, muy viejo ya y que caminaba apoyado en un rústico bastón, que el propio Richard le había hecho, se acercó a ellos.

Jane no pudo ocultar la alegría que la inundaba por completo.

—¡Mira, tío! ¡Fíjate en este tiempo y en las plantas que empiezan a renacer!

El anciano, entornando los ojos, miró a su alrededor; luego, con voz solemne:

—Ya veo..., ya veo..., la cólera del Señor se ha calmado...

Dejando a su esposa con el sacerdote, Richard, dotado de un espíritu eminentemente práctico, se puso a, recorrer el terreno vecino, examinando detenidamente cada planta que hallaba a su paso.

Finalmente, ante una de ellas, se detuvo, se arrodilló después y tendió su mano, en una imprecisa caricia, sin atreverse, no obstante, a tocarla.

— ¡Trigo! — exclamó emocionado —. ¡Trigo!

Las lágrimas asomaron a sus ojos hasta que, encontrándose ridículo, se levantó continuando su inspección.

Con piedras, que iba cogiendo, fue marcando las gramíneas que fue encontrando y ayudado por Antonio, que le acompañaba, estuvieron muchas horas contando, como si se tratase del más preciado de los tesoros, aquellas minúsculas espigas, aún verdes e

insignificantes que significaban un futuro lleno de prosperidad.

Cuando, a mediodía, se reunieron los hombres, como solían hacerlo para comunicarse y discutir las cosas importantes, Richard, con voz velada por la emoción, se dirigió a ellos:

—Amigos míos, como en la Historia de nuestros más lejanos antepasados, estamos llegando al final de la Época de las Cavernas; como ellos, hemos vivido en las condiciones más precarias, alimentándonos de carne casi cruda, ya que aunque teníamos fuego no poseíamos nada, absolutamente nada, que nos sirviese de combustible para cocerla o asarla. Los últimos cinco años han sido los más difíciles para nosotros; pero, a pesar de todo, hemos tenido suerte y fuera de los pobres compañeros que perdieron la vida en el desierto, ninguna muerte se ha producido entre nosotros.

»Ahora, como os decía antes, empieza para nos— otros otra nueva época. Para los hombres primitivos, esta transición, que nos ha costado a nosotros siete años, duró mil o quizá más aún…

»Nosotros, gracias a nuestra civilización, tan recientemente destruida, somos y seremos capaces de utilizar lo que la naturaleza nos vaya dando, mucho más rápidamente de lo que lo hicieron nuestros antepasados,

»Ya tenemos trigo. Esperaremos a que los granos estén maduros, pero no comeremos pan, después de siete años, hasta el que viene que, con un poco de suerte, recojamos en cantidad. .

»Os digo todo esto porque se acercan tiempos de trabajo y debemos estar preparados para realizarlo con entusiasmo y íe en el futuro. Somos muy pocos, pero a medida que pasen los años seremos más y más. Mi mayor deseo es que nuestros hijos y los hijos de éstos hereden un espíritu de confraternidad que tanto nos ha procurado a nosotros.

Acotadas las zonas donde se hallaban las plantas que nadie podía tocar, los hombres de Richard hubieron de empezar a organizarˆ partidas de caza para poder procurar a la pequeña comunidad los aumentos necesarios para su subsistencia.

Pronto se dieron cuenta de que los animales eran muy escasos y que no estando acostumbrados a cazar con los rudimentarios medios que poseían, muchas piezas se les escapaban.

Poco a poco, poniendo a prueba el ingenio, fueron «descubriendo»,

miles de años después de que los primitivos los utilizaron, medios sencillos y eficaces para apoderarse de la preciada carne que necesitaban tan urgentemente.

Al mismo tiempo, grupos de mujeres, que acompañaban a los hombres en sus cortas o largas expediciones, recogían todo lo que pudiese ser utilizado como combustible, de modo a poder condimentar las comidas do una forma más normal a lo que habían logrado hacerlo hasta entonces

Richard se percató enseguida de que los animales que iban apareciendo poco a poco procedían del Norte, lo que le llevó a pensar que la Tierra, que por culpa de las explosiones nucleares debía haber modificado su posición en el espacio, produciendo un total cambio de clima y cambiando, por ende, la posición del Ecuador, volvía a colocarse como antes.

«Para que esos animales hayan podido llegar al Norte de Europa, zona que en estos años ha debido ser la tropical, ha sido necesario que el Mediterráneo se haya helado por completo», pensó.

Aquella mañana, Richard se preparó para dar una batida mucho más al sur que de costumbre. Algunos de sus hombres, situados en lo alto de la montaña, habían avistado un denso rebaño de antílopes que había pasado, demasiado lejos, camino del Sur.

Cuando se preparaba, Jane se le acercó, ya vestida, con su piel de leopardo que él le había conseguido y armada de un arco.

—Voy contigo, querido.

Él la miró sonriente.

—No es posible, amor; vamos demasiado lejos la sabes que ninguna mujer viene con nosotros esta vez.

No importa, quiero ir contigo; los niños ya son mayores y el tío cuidará perfectamente de ellos. Richard se consideró vencido

—Está bien, Jane; en realidad, deseo tanto como tú que me acompañes.

Partieron, en número de veinte, armados, como de costumbre, de todos los ingenios que habían ido ideando a medida que nuevas especies de animales llegaban del norte.

Además de antílopes y gacelas, cuya carne era esencialmente sabrosa y cuyas pieles, trabajosamente tratadas ya que carecían de cualquier clase de curtientes, eran utilizadas principalmente por las mujeres, apreciaban mucho la carne y la piel, mucho más resistente aunque menos flexible, de los grandes búfalos, animales peligrosísimos para cazar con las rudimentarias armas que poseían.

Al atardecer de aquel día, ya habían perdido de vista las formaciones montañosas en las que se albergaban e hicieron alto junto a un cañaveral espeso, cercano a un cantarín arroyo.

—Es indudable —dijo Richard echando una mirada a su alrededor— que la naturaleza se está despertando después del largo letargo de estos años pasados. El próximo, sin duda alguna, podremos alimentarnos de menos carne y más vegetales. La vida va empezar de nuevo para nosotros.

Antoine, que no había perdido la costumbre de fumar y que «tiraba» en su vieja pipa de un tabaco inexistente, miró a Richard. ,

— ¿No crees que haya en el mundo algún otro grupo como el nuestro?

—Es probable y me alegraría infinitamente de ello Nosotros somos muy pocos para rehacer una humanidad y tardaríamos millones de años en volver a poblar la Tierra. Es casi seguro que otros hombres impelidos por los mismos motivos que nosotros, hayan logrado escapar a la guerra y vaguen, como lo estamos nosotros haciendo ahora, en busca de alimentos...

—¡Me gustaría encontrarme con ellos!—exclamó gozosamente Jane.

—A mi también. Es siempre una alegría saber que no se está solo sobre la inmensidad del Planeta, pero, francamente, la cosa es bastante difícil y no creo que tengamos la suerte de encontrarnos con otros semejantes nuestros. Ya os he dicho que es más que probable que existan otros grupos, pero, ¿deben necesariamente estar en África? y si lo están, pueden hallarse a miles de kilómetros d# aquí.

El olor de carne asada cortó todas aquellas divagaciones y los expedicionarios, demostrando un apetito excelente, se pusieron a cenar, ordenando después Richard el orden de las guardias, para evitar el ser descubiertos por algún grupo de carnívoros hambrientos.

A la mañana, siguiente, reanudaron la marcha, siempre hacia el

sur.

Se sorprendieron al descubrir que, a medida que avanzaban el territorio se hacía más desolado y el filo, no tan intenso como el que habían conocido y sufrido durante aquellos años, se hacía cada vez más inclemente.

No había duda de que las temperaturas altas llegaban del norte, lentamente, a medida que la Tierra iba recobrando su posición normal.

De todas maneras, los animales, cuyo instinto los guiaba con más certeza que la inteligencia de los humanos, habían descendido a aquellas regiones, demostrando de una manera indudable que no tardarían en volver los climas ardientes por allí.

Después de marchar cerca de seis horas sin descanso, encontraron finalmente un rebaño de búfalos que pastaba la escasa hierba que crecía entre tíos colinas cubiertas aún de nieve.

Rodeándolos, con todo cuidado y preparando flechas y lanzas, fueron estrechando el cerco hasta considerar que los animales estaban al alcance de sus armas.

Antoine, que era un verdadero prodigio con el arco, disparó el primero dando la pauta a sus compañeros que le imitaron rápidamente.

Cinco de los animales fueron muertos de los primeros disparos y los otros, abriéndose furiosamente paso, sin que nadie se atreviese a detenerlos, huyeron más al sur.

Descuartizadas las presas, perdieron casi toda la tarde en llevarlas a las colinas para encerrarlas bajo la nieve, ya que allí se conservarían hasta la vuelta y si la caza era excesiva, un nuevo grupo partiría en busca de las enterradas para llevarlas a las montañas.

La idea general era la de regresar ya, dando una vuelta hacia el oeste, pero Richard deseaba visitar el territorio situado más al sur, ya que pensaba, cuando el tiempo mejorase, hallar un nuevo establecimiento para todos, dotado de muchas de las comodidades de las que carecían.

Aquella noche optaron por seguir marchando, pensando que podían descansar por la mañana, ya que la región que atravesaban no ofrecía ningún refugio seguro para descansar.

Así lo hicieron y cuando el alba apareció hallaron una pequeña meseta y las huellas de un rebaño numerosísimo de antílopes que habían pasado por allí hacia muy poco tiempo.

Después de comer y establecer los turnos de guardia, se tendieron francamente agotados por la marcha que acababan de realizar.

Antoine, que hacía la primera guardia, se situó en la parte baja de la meseta armado de su arco.

SI silencio era tremendo y sin brisa alguna, la tierra parecía profundamente dormida o mejor muerta. La impresión que causaba aquella extraña quietud se adentraba en el corazón de Antoine, produciéndole una sensación inexplicable de soledad.

«Es posible — pensó—que otros hombres estén ahora como yo, vigilando, en un mundo hostil, cuidando de la vida y del sueño de sus compañeros, pensando, como yo, en los otros que, lejos o cerca, lucharán por crear una nueva humanidad.

»Y lo tremendamente triste, lo ciertamente horrible es que, con toda seguridad, no podremos encontrarnos jamás y que jamás nos veremos; que no podremos ayudarnos mutuamente, comunicarnos nuestros problemas, participar de nuestras alegrías y hasta de nuestros dolores...»

»Se interrumpió, sintiendo que un Involuntario escalofrío le recorría la espalda.

Había oído pasos humanos...

Era tan imposible, tan quimérico, que permaneció, sin motivo alguno, aterrado, inmóvil, conteniendo la respiración mientras en su pecho el corazón aun saltaba y brincaba movido por sensaciones cuyo contenido no podía definir.

Escuchó atentamente, con toda su alma, con la fuerza de sus sentidos despiertos...

Al volver a oír los pasos, hubo de hacer un poderoso esfuerzo para no gritar. No tenía miedo, pero aquello, la presencia de seres humanos cuando se encontraba en un mundo que estaba Renaciendo, era sigo demasiado fuerte para cualquier hombre por templado que fuese.

Se incorporó cuidadosamente, ocultándose mejor y apoderándose de su arco, ya que su instinto le hacía prepararse contra algo que, por

el momento, le era completamente desconocido.

De repente, cuando los pasos se detuvieron a poca distancia del lugar en que se hallaba, una voz, *una voz humana,* se dejó oír.

—Estoy muy cansada, Thomas.

Antoine, al oír aquellas claras palabras, pronunciadas en un inglés correcto, con acento americano— se estremeció de nuevo de pies a cabeza

¡Una mujer y un hombre!

Dos seres humanos a su lado, dos personas que demostraban palpablemente que el Planeta estaba habitado por otros que los que formaban el grupo salido de Petite-Ville...

No lo dudó más.

Abriéndose paso, salvó la distancia que le separaba de aquellos dos seres, dispuesto a darles la bienvenida, y recibirlos con los brazos abiertos, llevándolos junto a sus compañeros y haciéndoles disfrutar del reposo que tanto necesitaban.

Atravesó el pequeño montículo que le servía de escondrijo...

Un grito de horror se ahogó en su garganta. Su cuerpo, sin que lo pudiese evitar, tembló como la hoja de un árbol movida por un viento implacable.

Ante él, dos seres monstruosos, cubiertos de pieles completamente calvos, sin pestañas, con los ojos apenas visibles dentro de las hinchadas y purulentas órbitas, con los cuerpos igualmente cubiertos de llagas repugnantes; dos seres, en los que era completamente imposible distinguir el sexo, le miraban fijamente, como si él mismo hubiese sido otro monstruo cuyo aspecto fuese imposible contemplar sin horror...

Permanecieron frente a frente durante unos largos segundos; luego, repentinamente, aquella alucinante pareja, lanzando un grito, corrió, por entre las ondulaciones del terreno, perdiéndose inmediatamente de vista.

Lanzando un profundo suspiro, Antoine se frotó los ojos como si desease apartar de su imaginación el espanto que habla dejado la contemplación de los dos seres, deformes y monstruosos, que acababan de desaparecer.

Fue entonces, cuando el sentido del peligro, la sensación imperiosa de la realidad, se hizo en su conciencia y movido por ella corrió alocadamente a despertar a sus compañeros.

Tardaron mucho en poder entender lo que Antoine les decía.

Contestaba las preguntas medio distraído aún, profundamente concentrado en su propio recuerdo, afianzándose al horror y sin atreverse a mirar a los ojos de los que le escuchaban.

—Es horrible...—repetía constantemente.

Richard puso amistosamente su mano sobre el hombro de su compañero.

—No lo pienses más, Antoine. Por la descripción que nos has hecho, poco podemos sacar en limpio de quienes pueden ser esos monstruos. ¿Estás seguro de que les oíste hablar?

—Ya lo creo — Antoine miró fijamente a sus amigos—. Ya te he dicho que hablaron; mejor dicho, «ella» fue la que habló... en inglés. Recuerdo perfectamente sus palabras: «Estoy muy cansada, Thomas»—dijo.

Se tapó los ojos con las manos, apoyando los codos sobre las rodillas de sus piernas flexionadas.

—¡Es horrible!... ¡Es horrible!. *Porque no pude reconocer, entre los dos, quién era la mujer....*

—¿No crees — inquirió Jane — que debíamos volver con los nuestros?

Su sensibilidad femenina se había impresionado ciertamente por la horrorosa descripción de Antoine.

Richard la miró fijamente.

—Ya te dije, querida, que no debías haber venido con nosotros; pero ahora nos es imposible retroceder.

Había un tono de dureza en su voz que extrañó poderosamente a la mujer.

—Ahora — siguió diciendo Richard — no podemos retroceder, ya que por vez primera nos hallamos ante un peligro *humano*. El futuro de la humanidad que deseamos salga de nosotros está en peligro y

debemos saber de qué se trata. Si, como lo imagino, se trata de grandes cuadrumanos, volveremos tranquilos y podremos más adelante ocupar estas feraces tierras que tanto nos convienen. Si, por el contrario, se trata de monstruos humanos, deseo saber el porqué de su existencia —y sobre todo su número y su poder...

—¿Para qué? — inquirió uno de ellos,

—Para destruirlos.

Y después de una pausa.

—Se acabaron los tiempos felices de caza, se ha terminado nuestra Era de la Felicidad, porque, sencillamente, *no estamos solos en la Tierra.* Desde ahora empezarán las luchas, y como nuestros antepasados los hombres prehistóricos, deberemos luchar día y noche para que la especie humana vuelva a ser la que domine el Globo. No es, daos cuenta, un egoísmo inmediato, sino un deber hacia los que han de nacer. No somos nosotros los que hemos de juzgar a la loca humanidad que desencadenó la guerra y la destrucción; nuestro papel es el de pensar en los hijos de nuestros hijos y en los hijos de éstos y de los que seguirán. La Providencia nos ha impuesto este ineludible deber y hemos de cumplirlo sin vacilaciones.

Un silencio profundo siguió a las palabras de Richard.

Todos habían entendido perfectamente el hondo sentido de aquellas palabras y se daban cuenta de la responsabilidad que tenían, mucho más grande e importante que lo que habían llegado a imaginarse.

Se pusieron inmediatamente en marcha, recorriendo detalladamente la zona en la que hablan aparecido los monstruos.

Pero no descubrieron nada.

Tenaz y resuelto, Richard les hizo marchar más al *sur,* deteniéndose solamente cuando las tinieblas de la noche les envolvieron por completo.

Duplicó la guardia y todos, exceptuando a jane, tuvieron su correspondiente turno.

SI mismo se hizo cargo, con otro, de la primera.

La noche estaba llena de lejanos susurros, de mil misteriosos

ruidos, de toda una gama de sonidos que parecían nacer y morir velozmente. La tensión nerviosa del compañero de Richard crecía sin cesar.

—Tengo miedo —dijo finalmente.

—Lo comprendo — repuso Richard—. El miedo es algo consubstancial con lo humano. Sólo un loco es capaz de afirmar que no ha tenido miedo nunca; pero, amigo mío, tranquilízate, Antoine ha debido impresionarse un poquito más de la cuenta y ya verás como sus «monstruos» no son más que gorilas…

Un alarido horrible desgarró el silencio.

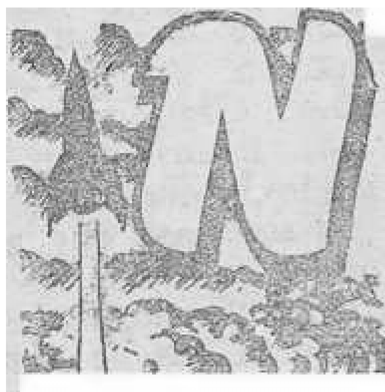
Richard, que había reconocido la voz de *jane,* palideció como un muerto. Seguido del otro, corrió como un loco hacía el lugar donde se había acostado su esposa.

Todos se habían despertado y los gritos de espanto producían un estruendo formidable.

Abriéndose paso entre los que formaban un semicírculo, Richard llegó hasta el montón de pieles donde se había acostado su mujer.

¡Jane había desaparecido!

CAPÍTULO VIII



ADIE pudo detenerle...

Solamente Antoine, al ver que corría hacia el lugar por donde lógicamente debía haberse dirigido el raptor de Jane, le siguió dispuesto a no abandonarle de ninguna manera,

Logró alcanzarle momentos más tarde.

En completo silencio siguieron moviéndose por el terreno ondulado. Justamente, una luna débil, que intentaba desgarrar Inútilmente el denso celaje de las nubes, les permitió orientarse y además comprobar si el raptor se ocultaba ante ellos.

Recorrieron así una gran distancia y cuando las primeras luces del amanecer desgarraron definitivamente las tinieblas, pudieron reconocer, sobre los bancos de arena, las huellas profundas del que se había llevado a Jane.

Aumentaron la marcha y Richard, febril y angustiado a la vez, apretaba los dientes Para dominar la fatiga que intentaba apoderarse brutalmente de su cuerpo.

Finalmente, después de escalar la dura pendiente de una meseta completamente pelada, se detuvieron maravillados, contemplando en la lejanía la silueta imponente de una montaña que el sol iluminaba plenamente, dejando ver hasta los más pequeño detalles.

Richard no daba crédito a sus ojos.

—¡Una ciudad! —exclamó.

Se distinguían, perfectamente, una serie de edificios, uno de los cuales resaltaba por su altura.

—¡Una ciudad! —repetía Richard.

Antoine, a su lado, contemplaba igualmente absorto aquellas edificaciones, cuyes muros de aluminio lanzaban un reflejo cegador.

—¿Dónde estamos, Richard? — inquirió con un hilo de voz.

—Ese debe de ser el monte Kenia. Tengo la seguridad.de que en ninguna época ha existido esa ciudad; por lo menos hasta la guerra...

—Lo que quiere decir que ha sido construida *después*...

—Así ha debido ser...

Quedaron en silencio; luego, Richard observó las huellas del que perseguían y que sin ningún género de dudas se dirigían hacia aquella fabulosa y fantástica ciudad..

—Vamos a acercarnos más.

Antoine miró a su amigo.

—¿No crees que debíamos ir en busca de refuerzos?

—Por ahora, no. Luego veremos.

Aprovechando los valles, avanzaron con toda clase de precauciones hacia la montaña, a cuya base llegaron antes de mediodía.

Al contemplar la pista amplia que subía hacia ella, tuvieron temor de aventurarse por ella, eligiendo un paso más difícil, pero más seguro, para acercarse a curiosear sin peligro.

Tuvieron la suerte de escalar un pico vertical y encontrarse, cuando llegaron a la cima, en una posición estupenda para poder contemplar la ciudad desde cerca.

Se estremecieron de horror.

Por cientos, seres como los que había descrito Antoine, monstruos infectos, sin cabellos y casi desnudos por completo, desfilaban por las calles, entraban y salían de los edificios, se afanaban en incomprensibles tareas, hablando entre sí y sin manifestar repugnancia alguna entre ellos, como si su estado hubiese sido el

natural y normal de su corrompida naturaleza.

Era algo tan indescriptible, tan inenarrable, que ambos permanecieron mudos de espanto, temblando de pies a cabeza como si acabasen de ser guiados por un nuevo Virgilio a las más siniestras profundidades de un averno dantesco.

—¡Y Jane está ahí, entre esos monstruos! — exclamó Richard con lágrimas en los ojos.

Era imposible describir el centraste de los edificios y sus moradores. Bañaba a la vista como si se hubiese tratado de un palacio de mármol enteramente habitado por leprosos.

—Vas a irte, Antoine.

—¿Que voy a irme? ¿Adónde?

—Vas a regresar hasta nuestra montaña y decir a todos que vengan hacia aquí. Esta ciudad debe ser nuestra.

—¿Te has vuelto loco, Richard? ¿Y qué harás con todos estos...?

—Destruirlos.

—¡Pero, si son seres humanos!

—Lo eran. No sé lo que ha podido ocultarles, pero intuyo que su enfermedad no es infecciosa y por eso deseo que antes que nadie seamos nosotros los que ocupemos esta maravillosa ciudad...

—¿Te has dado cuenta de que son varios miles?

— Ya lo sé, pero son débiles, decrépitos. ¿No ves cómo caminan? Están enfermos, muy enfermos 3 solamente son peligrosos por el horror que producen.

—¿Crees poseer el derecho de aniquilar a seres humanos porque estén enfermos como éstos?

—Yo no me adjudico más derecho que el que me impone el deber que tengo hacia vosotros y nuestros descendientes.

—Creo que exageras un poco, Richard. Mi consejo es que vuelvas conmigo.

Al mirar a su amigo, los ojos de Richard lanzaban chispas.

—¿Quieres que deje a Jane aquí? ¿Te imaginas acaso lo que pueden desear de ella los monstruos que la han raptado?

Antoine bajó la cabeza.

—Está bien. Volveré a por los nuestros. ¿Qué vas a hacer tú entretanto?

—¿Qué harías tú en mi puesto? Intentaré penetrar ahí dentro y sacar a Jane. Después, os esperaremos por los alrededores.

Se estrecharon la mano y Antoine, con un gesto de dolor en el rostro, desapareció, descendiendo ágilmente por los riscos que conducían a la llanura.

Richard esperó la llegada de la noche.

Cuando las tinieblas le rodearon, se extrañó al comprobar que la ciudad permanecía hundida en la obscuridad.

«Deben haber acabado la energía», pensó.

Lentamente, con mil precauciones, descendió por el escabroso camino que había estudiado cuidadosa y detalladamente durante todo el día. El descenso fue bastante sencillo y pronto sus pies tocaron la pulida superficie de una de las calles.

La oscuridad era completa.

Llevaba en la mano un fusil, que cogía por el cañón, para servirse de él como una maza.

Al empezar a aproximarse a los edificios se dio cuenta que por algunas de las ventanas y puertas brotaba una débil iluminación; una de las veces, al asomarse a una de las ventanas, pudo comprobar que candiles, alimentados con grasa de animales, producían aquella claridad indispensable para la vida en el interior de los edificios.

Una angustia creciente se estaba apoderando de él, al percatarse de la enorme dificultad que sería la de buscar a su esposa en aquella ciudad. No tenía la menor— idea de por dónde debía empezar y, por otro lado, se exponía a ser descubierto, de un momento a otro, por alguno de los monstruos que circulaban, aunque raramente, por las oscuras y desiertas calles.

Se había fijado, desde su observatorio diurno, en el gran edificio y

le parecía que allí debía estar situada la sede, de los que mandaban en la ciudad, lugar donde lógicamente debía haber sido conducida la prisionera.

Orientándose, no tardó en llegar a la puerta del edificio y guiándose por la suave iluminación que brotaba del interior, penetró decididamente, encontrándose en un amplio vestíbulo, cuyas dimensiones y lujo, visible perfectamente gracias a los candiles, le dejaron perplejo.

¿Quién podía haber ordenado la construcción de semejante palacio?

Alguien, indudablemente poderoso, debía de haber sido; pero al mismo tiempo alguien cuyo desmesurado orgullo parecía reflejarse en cada detalle de aquella edificación.

Después de permanecer unos instantes en el tremendo vestíbulo, se decidió por una de las escaleras, apercibiéndose de que los numerosos ascensores no debían funcionar desde hacía mucho tiempo.

Empezó a subir...

¿Por qué en aquel preciso instante se apoderó de él la sensación de un peligra próximo?

No tuvo tiempo de defenderse; unos brazos le sujetaron y una voz, tan cavernosa como horrible sonó junto a él.

—¿Qué hace usted en este maldito mundo?

Richard no pudo explicarse cómo su fusil cayó al suelo, sin que el desconocido hubiese hecho nada por arrancárselo de las manos.

—Venga conmigo.

Se dejó arrastrar por el desconocido, al que no había logrado ver, ya que estaban en una parte oscura.

El otro le condujo a lo largo de Un pasillo interminable, abriendo después una puerta que se cerró detrás de los tíos.

Media docena de candiles iluminaban parcialmente una elegante estancia de grandes dimensiones.

Richard pudo ver entonces a su acompañante.

Era tan horrible como los demás. Viejo y encorvado, parecía incluso más monstruoso, que los que el joven había visto durante la mañana, desde el observatorio, junto a Antoine.

—Siéntese y no tenga miedo. Nada va a ocurrirle… porque nada dentro de poco le importará ya…

—No le entiendo. ¿Quién es usted?

El otro rio mostrando una boca desdentada y llena de úlceras con una lengua rojiza y tremendamente hinchada.

—Yo ya no soy nadie, amigo mío. Hace años, los gobiernos de todos los países del mundo me hubieran dado cualquier cosa porque me dignase trabajar para ellos. Entonces me llamaba Lowel…

—¿El profesor Lowel? ¿Usted fue el que demostró la inexactitud de ciertas fórmulas de Einstein?

—Así fue, pero nada importa de lo que fui.

Richard dudaba antes de formular la pregunta que le quemaba los labios. Finalmente se decidió:

— ¿Qué enfermedad es la que padecen los hombres y mujeres de esta ciudad?

—¿Quiere saberlo? Una enfermedad producida por los alimentos contaminados por las radiaciones atómicas.

—¿Y es… incurable?

—Incurable, pero demasiado larga. Cuando la produje creí que todo esto terminaría antes…

Richard le miró horrorizado.

—¿Quiere decir que fue usted quien desencadenó esta horrible enfermedad?

—Si. Yo, por mi posición, me convertí en la mano ejecutora del destino que merecían los hombres que construyeron, esta ciudad. La soberbia, el orgullo, la maldad y el odio y el desprecio fueron los cimientos de Reynolds City.

—¿Reynolds City? ¿Construyó esto Harry Reynolds?

—Así es. Construyó ésta, la última de las que habla llenado de horror, de miseria y de congoja en los cinco continentes. Pero, no contaba conmigo. Yo no estaba dispuesto a que los Reynolds creasen— una nueva humanidad, porque prefería que la Tierra estuviese completamente desierta. Por eso precisamente hice volar la pila atómica que nos daca luz y calor. Provoqué así la escisión entre los miembros de la ciudad, que huyeron después de intentar el ataque a este edificio.

—¿Dónde están?

—Volvieron. Al enfermar, por los alimentos que yo sometí a las radiaciones, terminaron las diferencias. Además, Harry habla sido destronado por su hija.

—¿También está enferma?

—Nadie se ha salvado.

—Ni usted, ¿no es verdad?

—Naturalmente. Yo ingerí los mismos alimentos que comían los otros. Tampoco deseaba escapar a mí propia venganza. Pero ya está usted viendo que esto se nace demasiado largo… Cuénteme ahora su aventura.

Richard le relató la larga lucha, los tiempos de las grutas, las primeras esperanzas…

Ustedes tuvieron la gran suerte de ser acompañados por la fe. Sin ella, nada valdría la pena. Cuando el hombre pierde la fe en sí mismo, se pierde irremisiblemente.

—¿Y mi esposa?

—La he visto. Lewis la ha raptado y la ha tomado para sí.

Richard cerró los puños con fuerza,

—¿Dónde está ese canalla?

El profesor sonrió débilmente.

—Yo puedo guiarle hasta sus aposentos: pero desdichadamente ya es demasiado tarde, para ella y… para usted.

—¿Qué quiere decir?

—Que ambos han contraído la enfermedad atómica y que no tienen salvación. Pero, no se preocupe, todo va a acabar muy pronto y ustedes dos tendrán la suerte de no sufrir tanto como hemos sufrido nosotros. Francamente, creí que duraríamos mucho menos...

Por encima del terror súbito que se había apoderado de Richard, al conocer la triste suerte que le había deparado el destino, el sentimiento de odio hacia aquel Lewis que se había apoderado de su esposa ¡fue más fuerte.

—¡Llévেme junto a, ese canalla, se lo ruego!

—Con mucho gusto — repuso el profesor.

Despreciaba, en los hombres, aquel pequeño y absurdo egoísmo amoroso en momentos en que se les acababa de comunicar sencillamente su sentencia de muerte. Pero, después de todo, se dijo, era posible que existiese el verdadero amor que él desdichadamente no había conocido jamás.

Precediendo a Richard, el monstruoso profesor le hizo ascender a los pisos superiores del edificio donde, después de atravesar pasillos y salas, se detuvieron ante una puerta cerrada.

Detrás se oían claramente los sollozos de una mujer.

Lanzando un grito bárbaro, casi infrahumano, Richard empujó violentamente la puerta y penetró en el interior como una tromba.

Todo lo veía rojo.

Pasó junto a Jane, que seguía sollozando histéricamente, lanzándose, como una verdadera furia contra el monstruoso y disforme individuo que reía cínicamente, sentado en un cómodo sillón.

Sus dedos se hundieron entre las pústulas que cubrían aquel repugnante cuello y apoyando la rodilla en el pecho, repleto de máculas, apretó, con ansia de matar, sin piedad, cada vez más fuerte, hasta sentir el dolor de sus músculos tensos, con los ojos cerrados y mordiéndose furiosamente los labios de donde manaba un hilillo de sangre.

Lowel, en el dintel, permaneció unos instantes contemplando fríamente la escena. Luego dio la vuelta y desapareció por el largo pasillo con una mueca doloroso, en el rostro.

—No quiero que sufran más — dijo en voz baja—. Voy a prepararlo todo.

* * *

A la cabeza, sobre la camilla que llevaban a modo de parihuelas cuatro robustos muchachos, iba el reverendo de la desaparecida Petite-Vile.

Pierre Volain agonizaba...

Una larga barba blanca le cubría el rostro, contraído en una serena mueca, con los ojos semicerrados y respirando débilmente.

Todos, hombres, mujeres y niños, avanzaban lo más rápidamente posible, a marchas —forzadas por el ondulado terreno, siempre hacia el sur.

Junto a la camilla, enhiesto como un héroe de leyenda, Antoine, grave de gesto, abiertos los ojos a los lejanos horizontes, señalándose en él el futuro jefe, el hombre al que todos miraban con respeto y apreciaban con entusiasmo.

—¡Más deprisa!... ¡Más deprisa!—decía sin cesar.

Había hablado extensamente, mientras se preparaba para la marcha, con el sacerdote, que le había escuchado en silencio.

—Richard desea — había dicho Antoine — apoderarse de la ciudad *y* destruir a las criaturas que habitan en ella.

El reverendo había guardado silencio y luego son voz grave:

—No se puede evitar que el orgullo suba al corazón de los hombres más sencillos, de los más buenos. ¿Es que no ha sido esta la causa de todos los males que la humanidad ha sufrido? Hay en nosotros algo más que el mísero poder del que gozamos en la vida, una particular esencia que nos empuja las más de las veces a considerarnos como dioses: ese es el orgullo...

»A Richard le ha ocurrido lo que acontece a todos los hombres sobre cuyas espaldas pesa una gran responsabilidad y nunca, hasta ahora, ser humano ha tenido ante sí responsabilidad mayor hacia el

futuro. A Richard le competía poner los cimientos de la nueva humanidad, orientar sus primeros pasos, dictarle las primeras directrices. ¿Puede concebirse algo tan grandioso y, al mismo tiempo, tan terrible? Por eso no podemos extrañarnos que su cerebro y su corazón, nada más que humanos, no hayan podido asimilar la esencia que de humildad poseía tamaña tarea.

—¡Más deprisa!

Se detenían lo menos posible, quemando las etapas, atravesando colina tras colina, llanura tras llanura, día y noche, insistentemente apresurados por la impaciencia en salvar a los dos seres que les habían regido hasta entonces.

—¡Aprisa!

Se incitaban los unos a los otros, y a. que habían dejado gran cantidad de cosas en las grutas, por orden expresa, de Antoine y consejo del sacerdote.

Caminando al lado del coloso, los dos hijos de Richard y Jane, niño y niña, de siete y cinco años, respectivamente, luchaban por no quedarse atrás. Muchas veces Antoine cogía a la pequeña en brazos, dejándola descansar un poco. Pero, cuando había dicho al niño si deseaba que le llevase a él, el pequeño, con gesto de hombre ofendido, había contestado que él podía caminar hasta llegar junto a sus padres.

Desde lo alto de las angarillas, el sacerdote había sonreído recordando el carácter de Richard y reconociendo en el niño la sangre voluntariosa del padre al que tanto debían todos.

Pasaron la noche en lo alto de una colina y Antoine pudo decir que ya estaban muy cerca, pero que, de todos modos, convenía descansar aquella noche, ya qué no sabían que podía esperarles con el nuevo día.

Mucho antes del amanecer ya estaban todos en pie, impacientes, nerviosos, esperando que las tinieblas se deshiciesen para empezar la marcha hacia la ciudad.

Antoine había formado un campamento con las mujeres y niños, dejándolos al cuidado de unos cuantos hombres fuertemente armados. El resto, en el que fue preciso incluir al sacerdote, que se negó rotundamente a quedarse allí, avanzaría hacia Reynolds City.

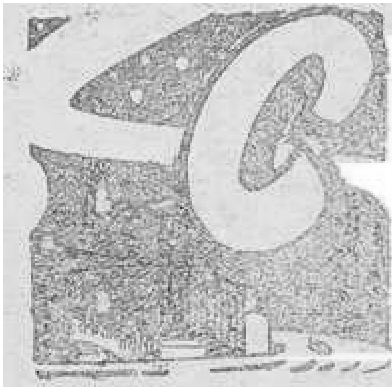
—Deseo hablar con esos desdichados—dijo el reverendo—. Si

puedo, les consolaré. Ese es mi deber…

Se estaba muriendo y él lo sabía, pero agradecía a la Providencia que le brindase tan maravillosa ocasión de acabar una vida cerrándola con el broche de una absolución colectiva.

Había amanecido.

Allá lejos, destacando sobre el horizonte, se levantaba, majestuoso y tremendo, el monte Kenia, y brillando bajo la intensa caricia de los primeros rayos del sol, la ciudad que el orgulloso Reynolds había construido.

UANDO Richard se percató de que el monstruoso ser que tenía debajo había dejado de existir, aflojó la presión de sus dedos y se irguió, como un ebrio, contemplando durante unos instantes el cuerpo sin vida de Lewis.

Luego, retrocediendo, sin haber escapado aún al maleficio de la escena que acababa de desarrollarse, se acercó a Jane, que le contemplaba con los ojos muy abiertos.

Pero cuando, tendiéndole los brazos, se disponía a recibirla en un estrecho abrazo, ella retrocedió horrorizada.

—¡No me toques, Richard!. ¡No me toques!. ¡Estoy enferma!. ¡Enferma de esa enfermedad incurable que padecen esos monstruos! ¡No te acerques a mí!

Richard sonrió tristemente.

—Yo también, querida. No te preocupes y vámonos de aquí.

Se confundieron, finalmente, en un abrazo y unieren el llanto de sus ojos.

—¡Qué estúpido fui al no hacerte caso, Jane! Tú deseabas que volviéramos, pero el orgullo me cegó. —No te apenes, amor mío. Soy muy feliz de tenerte de nuevo a mi lado..

—Vamos a huir de esta ciudad maldita. Iremos en busca de los nuestros que, guiados por Antoine, deben haberse puesto ya en marcha.

Ella le miró sorprendida.

—Pero... ¿es que no te das cuenta de que no podremos volver nunca más con ellos, Richard? ¿Crees que podría tocar de nuevo a mis hijos con estas manos infectas? ¿Cómo es posible que me creas capaz de hacerles contraer la enfermedad que hemos cogido? ¿Es qué no te das cuenta?

Agachó él la cabeza.

—Perdona, querida. ¡Sigo dejándome llevar por la insensatez, por este absurdo delirio de grandeza que me ha invadido...

Jane, en un gesto de ternura, le cogió la cabeza entre sus manos, besándole en la frente.

—Piensa en ellos, Richard: en nuestros hijos y en todos los hijos de nuestros amigos que realizarán el más dorado de tus sueños forjando una humanidad mejor que la que ha perecido por sus culpas. Ellos liarán realidad todo lo que hubiésemos soñado hacer nosotros. Es verdad que ha sido muy corta nuestra felicidad y— demasiado corto nuestro matrimonio; pero el tiempo no significa nada cuando se ama tan intensamente como nosotros hemos amado...

Hubo una larga pausa.

Richard experimentaba una ternura creciente, sintiéndose orgulloso al mismo tiempo del maravilloso desprendimiento de Jane.

—Tienes toda la razón, querida. Hemos de avisarles para que no sé acerquen a esta ciudad maldita. He cometido muchos errores y espero que sabrán perdonarme.

Descendieron lentamente hacia los pisos inferiores, pero cuando se disponían a salir del edificio la desagradable figura del profesor se presentó ante ellos, impidiéndoles el paso.

—¿Dónde van?

—Queremos avisar a los nuestros.

—No es necesario. Si lo que temen es que alguien se contagie, que alguien llegue a esta ciudad, no teman. Nadie, absolutamente nadie, podrá jamás llegar hasta aquí...

Sonreía y había en sus deformados y repelentes rasgos una nota de indudable tristeza.

—¿Por qué no me acompañan? Desearía que pasasen los últimos instantes en compañía del culpable de todo esto. Será una experiencia verdaderamente curiosa y valdrá la pena, se lo aseguro.

Le siguieron, percatándose de que nada lograrían y que el destino, personificado en aquellos momentos por el profesor Lowel, se encargarla de todo lo demás.

Una vez en lo alto del edificio, penetraron en el despacho situado bajo la magnífica cúpula transparente por la que la luz solar penetraba a raudales.

Harry Reynolds estaba en su sillón.

Un poco más a la izquierda, tendida en una «chaise-longue», se hallaba Raquel, monstruosamente deformada y con los ojos inflamados, en cuyo fondo las pupilas parecían arder de odio hacia todo.

Detrás del despacho y sentados, igualmente, en un amplio sillón, con las manos entrelazadas, se encontraban Thomas y Helena, la secretaria, idénticamente convertidos en sendos monstruos.

El contraste de la elegancia de la sala, la luminosidad que le procuraba la cúpula y el desastroso estado de aquellas criaturas era verdaderamente desagradable y rayaba en lo angustioso.

Lowel se acercó hacia la mesa ocupada por el déspota.

—¿Qué quieres? — inquirió éste.

—Vengo a decirte que vamos a morir.

EI otro dio un respingo y hasta Raquel, que parecía adormecida, se incorporó un tanto sobre su sillón.

—¿Morir? ¿Es que se ha vuelto loco? ¿No sabe que estoy esperando la llegada de un grupo de médicos de Nueva York para que me cure? Mi padre pagará tres millones de dólares para que vengan inmediatamente y no creo que tarden mucho... ¿Ha olvidado que los Reynolds no pueden morir como la gente vulgar?

Jane miró con conmiseración a aquella desdichada que, además de haberse convertido en un monstruo, había perdido la razón.

Quizá, fuese mejor...

Pero eran los ojos de Reynolds padre los que miraban con espanto al profesor.

—¿Es que no nos ha hecho bastante daño?

—No, aún no es bastante. Tú quisiste forjar una humanidad de esclavos, una humanidad que viviese bajo el símbolo más abyecto que reinó jamás: el dinero. Millones de seres humanos sufrieron, lloraron y padecieron por tu culpa. Tú les elevaste hasta la dicha más completa y gozaste después en hundirlos en la más horrible miseria. Para ti, Reynolds, todo se convirtió en cifras y te acostumbraste muy pronto a qué dólares y personas se contasen por millones. Todo eso, después de todo, no me importa nada. Pero lo que no podía consentirte en modo alguno es que fueses el creador de una nueva humanidad, el déspota que reinase sobre millones de nuevos esclavos que no se habrían salvado de la gran hecatombe más que para caer en algo muchísimo peor… Vas a morir, Reynolds; es decir, vamos a morir para dejar la Tierra limpia de nuestras repugnantes llagas materiales y de nuestras podridas almas. Otro» hombres luchan ahora para conquistar nuevamente el mundo y hemos de procurar que tarden los más siglos posibles en conocer a hombres como tú…

SI alucinante rostro de Reynolds se hizo aún más horrible de lo que era, Una especie de hipo sacudió su cuerpo…

Luego, al tiempo que se movía con presteza, upa carcajada histriónica le sacudió de pies a cabeza.

El disparo sorprendió a todos.

Hacía mucho tiempo que las armas de fuego yacían inútiles, abandonadas en los rincones de las casas, ya que las municiones se habían terminado definitivamente.

Pero, por lo visto, Harry se había reservado una pistola y ahora acababa de hacer uso de ella para matar al hombre a quien odiaba y temía al mismo tiempo más que a nadie.

Lowel se desplomó pesadamente, cayendo en brazos de Richard, que se apresuró a incorporarlo a medias.

Harry seguía riendo.

—¿Pías visto, asqueroso sabio, cómo los Reynolds triunfan siempre? Ya te dije que los Reynolds no mueren por manos de ningún sucio asesino como tú.

Lowel sonrió débilmente.

—I Necio!. Consulta tu reloj y verás que te faltan muy pocos segundos para morir…

Loco de furor, el déspota descargó el cargador sobre el cuerpo del sabio.

En aquel preciso instante la Tierra se convirtió en un brasero horrible.

* * *

La llamarada, una verdadera luz cegadora, ascendió hasta el cielo. Luego, cuando todos se hubieron lanzado al suelo cubriéndose la cabeza con las manos, la Tierra pareció vibrar sacudida por un colosal temblor, al tiempo que mía ensordecedora; explosión sonaba…

Pasaron largos minutos antes de que los hombres que se hablan pegado al suelo se atreviesen a incorporarse de nuevo.

Antoine fue el primero en ponerse en pie.

Un monstruoso hongo flotaba sobre la tierra, alargándose lentamente y ascendiendo hasta confundirse con los confines del espacio,

—¡Una explosión atómica!

La exclamación se hizo con un tono de voz en el que se sentía el terror asociado a terribles recuerdos que no se borrarían jamás *de* las mentes que los habían experimentado.

Era fantástico el efecto que procuraba aquella escena, de un centenar de hombres, vestidos de pieles, contemplando el engendro de la maléfica ciencia del siglo XX…

Fierre Volain, el sacerdote, se incorporó un poco sobre la camilla y haciendo la señal de la cruz dijo, devotamente:

—Yo os absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del…

No pudo más.

Una tos nerviosa, que le hizo estremecerse, lo postró definitivamente. Pocos instantes más tarde dejaba de existir.

Los hombres y las mujeres se miraron, los unos a los otros, durante un largo y emocionado silencio. Después bajaron los ojos y permanecieron mudos, transidos de horror y de arrepentimiento.

Fue entonces cuando Antoine, irguiéndose de su alta estatura, lanzó un grito de mando. Todos ellos, al unísono, se sintieron Electrizados, requeridos por aquella voz que significaba que nada había terminado.

—¡Adelante!

Dieron la vuelta a la ciudad maldita y Je siguieron, volviendo hacia el norte.

En todos los corazones, la esperanza acababa de renacer porque las sencillas palabras que habían escuchado significaban que todo quedaba por hacer y el gesto del jefe, tan sencillo como su exclamación, les invitaba a seguir laborando, sin descanso, por el futuro de la nueva Humanidad.

«HABÍA QUE VOLVER A EMPEZAR…»



LA EXTRAORDINARIA AMBICIÓN DE MISS STANLEY
UNA «FICTION-STORY» DE LAW SPACE

Se detuvo el enorme autobús con un brusco frenazo, al final de una de las pronunciadas curvas, exactamente en el instante que el conductor vio las señales rojas y blancas que interceptaban la carretera.

Clara Stanley, que dormía como el resto de los viajeros, se despertó sobresaltada, permaneciendo no obstante inmóvil, ya que la cabeza de su vecino de asiento reposaba sobre su hombro izquierdo.

Otros viajeros, tan sobresaltados como la joven, se incorporaron medio adormecidos, formulando preguntas deshilachadas que, en aquel instante, nadie pedía contestar.

El vecino de Ciara se despertó también, pero como se incorporó con bastante velocidad no pudo percatarse de que llevaba tiempo recostado sobre el hombro de la joven. Ésta, separando el rostro de los cristales, a través de los cuales no se veía absolutamente nada, contempló al otro, que se despabilaba entonces, hallando que el despertar de un hombre, aunque fuese tan elegante como aquél, ñ» tenía nada de agradable.

Habían charlado durante toda la tarde y Clara sabía que se llamaba Tom Fester y que era redactor jefe de un periódico de Chicago, cuyo nombre había olvidado por completo.

Foster, que seguía frotándose los ojos y bostezando sin pudor alguno, biso su correspondiente pregunta:

—¿Qué pasa?

Clara no contestó, atraída entonces por el paso del encargado del pequeño bar del autobús que, habiendo abandonado su asiento de al lado del ayudante del conductor, pasaba por el estrecho pasillo entre los cómodos sillones en dirección de su «establecimiento».

—¿Sabe usted lo que ha ocurrido? — se atrevió a preguntar cuando —el muchacho estuvo a su altura.

—No lo sé, pero pronto saldremos de dudas. Nos estamos acercando a la barrera de la policía.

En efecto, sin que nadie se hubiese apercibido de ello, el vehículo había reanudado dulcemente, la marcha y apenas si el ruido del motor era audible.

Empinándose entonces, Clara lanzó una ojeada por encima del sillón que tenía delante, alcanzando solamente a ver el reflejo de las luces rojas a través del cristal del parabrisas.

Peter, que había encendido un cigarrillo, dijo con voz neutra:

—Algún accidente de circulación. Son muy frecuentes por aquí.

—¡Lástima que no sea nada más importante!

—¿Por qué dice eso, miss Stanley?

—Por usted. Como periodista, sacaría fruto del viaje.

—No es sinceramente una cosa que me preocupe demasiado. Contra lo que puede pensar el profano, siempre hay noticias sensacionales y si escasean, se puede «sensacionalizar» cualquier asunto balad!

—¿Hacen ustedes eso, de verdad?

—Claro, aunque la culpa no la tenemos nosotros, sino la avidez del público. Ya sabe usted que el sensacionalismo es un condimento de la noticia. Así, como los paladares de nuestros lectores están acostumbrado a las «salsas fuertes», nos vemos obligado a echar un poco de pimienta en el periódico. De lo contrario, nadie lo compraría.

—No lo harán ustedes ahora, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—¡Hombre! Creo que con el asunto de los «platillos volantes» tendrán ustedes materia de sobra.

—No lo crea. El público se apasiona al principio por una noticia que se salga de lo corriente y cuanto más estrambótica, extraña y alucinante sea, mejor; pero, si la misma noticia se repite, aunque esté constantemente «sazonada» de detalles nuevos, acaba por cansarse. Los «platillos volantes» nos han ayudado, esa es la verdad, a llenar muchas páginas, pero ha ocurrido como le decía antes y de tal manera que a la gente le importa muy poco que *m* vean diez cada día, en todo el mundo, porque eso no tiene nada de sensacional.

—¿Qué necesitaría entonces el público para estar satisfecho?

—¿Qué necesitaría? Que uno de esos «platillos» bajase a la tierra y que se presentasen los marcianos o los venusianos u otros habitantes de lejanos mundos. ¡Menuda edición extraordinaria íbamos a hacer!

—¿Se le hace la boca agua, eh?

—En efecto; pero, hablando de ese desagradable líquido que acaba usted de nombrar, ¿se tomaría un «whisky» conmigo?

—¿Por qué no?

Se levantaron, retrocediendo por el pasillo hasta la parte trasera del autobús donde el encargado del bar estaba ya sirviendo a algunos clientes.

Hablan apenas probado el contenido de sus vasos, cuando el coche se detuvo definitivamente, al tiempo que una serie de luces y borrosas siluetas, le rodeaban.

Finalmente, la puerta delantera se abrió y un sargento de la policía de carreteras subió al vehículo.

—¡Buenas noches!—saludó—. ¿Hay algún doctor entre ustedes?

Foster dejó el vaso sobre el diminuto mostrador.

—Yo, sargento.

Clara miró con asombro a su acompañante, del que solamente sabía que era periodista.

«Indudablemente — se dijo—, esta noche está llena de sorpresas.»

Tom, entretanto, atravesaba el autobús para llegar junto al policía que, después de estrecharle la mano, desapareció con él.

Una señora gruesa y exageradamente emperifollada, que estaba al lado de Clara, exclamó entonces con énfasis:

—¡Ya te decía yo, Jorge, que ese muchacho rebosaba inteligencia! ¡No hay más que mirarle!

Jorge, al que miró la joven, debía estar muy acostumbrado a los «descubrimientos intuitivos» de su obesa esposa, porque no respondió absolutamente nada.

Clara, después de terminar su «whisky», volvió a su asiento, apoyando el rostro sobre la fría superficie del cristal e intentando ver algo que le explicase el motivo de aquella inesperada parada.

Sin darse cuenta, sus ideas se encaminaron fácilmente hacia su extraordinario vecino de asiento, lo que le hizo oír de nuevo las palabras de la señora gorda.

Sonrió, mirándose en la imagen que le devolvía la oscuridad de la noche, sobre el cristal de la ventanilla.

¿Un probable marido?

Se recostó lo más cómodamente posible y cerró los ojos, estremeciéndose al lograr el placer que la procuraba su posición y la agradable temperatura de la calefacción del autobús.

Sí, indudablemente, sería una maravillosa solución. Y no era que la desagradase el trabajo que habla logrado en aquel fabuloso Chicago que no conocía; lejos de ello, se consideraba completamente feliz de haber sido el candidato elegido entre cerca de doscientas aspirantes.

El sueldo tampoco era malo y seguramente podría gozar de una serie de cosas que le habían estado vedadas hasta entonces. Por ejemplo, las tiendas, los modistos caros, las peluquerías de primera categoría, los teatros…

Ella no acertaba a calificar su ansia de lujo como una ambición, calificándolo sencillamente de «revancha», ya que hasta entonces había vivido en el mediocre ambiente de una granja de Ohio, vestida y tratada pobremente en el seno de una familia de agricultores.

No le cabía la menor duda de que su tesón, al estudiar por correspondencia, negándose rotundamente a seguir el camino de todas las muchachas del pueblo, merecía la «revancha» que ella, como cualquier otra muchacha decidida, debía cobrarse de la sociedad.

Naturalmente que con Un buen marido el camino se hacía más corto y muchísimo más agradable.

Volvió a pensar, mucho más concretamente que antes, en Tom Foster.

¿Qué estaría haciendo ahora?

Seguramente inclinado sobre las víctimas del accidente al que

había aludido al despertar, bajo la ansiosa mirada de los supervivientes y la acostumbrada de los policías de tráfico.

Clara tembló al imaginar que la herida, sobre la que estaría inclinado Foster, podía ser una muchacha mucho más bonita que ella y que, en aquel preciso instante la fatalidad estuviese echando por tierra sus sueños iniciados apenas.

Fue tan violenta la reacción que experimentó que, abandonando la cómoda posición que había adoptado, se incorporó nerviosamente y sacó su pitillera de la que extrajo un cigarrillo que encendió con mano temblorosa.

El humo la tranquilizó un tanto.

«Después da todo — pensaba — hay muchos hombres en el mundo y no soy demasiado fea.»

Pero la idea práctica que is dictaba la lógica ds su corazón femenino dominó completamente las demás: Había muchos hombres, indudablemente, pero no era tarea fácil lograr uno de los que ella tan especialmente deseaba. Y de nuevo concretó sus pensamientos en Foster, experimentando una desagradable sensación de que no se hallara a su lado.

Todos los viajeros charlaban, pero la mayoría de las conversaciones eran otras tantas cábulas sobre lo que había podido ocurrir para detener al vehículo tanto tiempo. Algunos levantaban la voz para lamentarse del retraso perjudicial que sufriría el viaje.

Fue entonces cuando la portezuela de delante se volvió a abrir, apareciendo la cabeza.de un policía.

—¡Per favor, señorita Stanley!

Clara se sobresaltó y al ponerse en pie enrojeció viendo que todas las miradas coincidían en ella.

Antes de bajar, mientras el policía mantenía abierta la puerta, pudo oir la voz de la señora gorda que decía:

—¿Te has dado cuenta, Jorge, de que no me equivoco nunca? ¡Ya te decía yo que había algo entre los dos!

Clara, al salir, se ciñó el abrigo que se había echado sobre las espaldas, notando la diferencia da temperatura con un escalofrío que

le recorrió la espalda.

Caminó al lado del policía sin decir nada, entornando los ojos para no deslumbrarse con los focos de los coches policíacos que formaba un pasillo en la carretera.

Finalmente se acercaron a un grupo, en el preciso instante que uno de los vehículos empezaba a andar, al tiempo que dejaba oír la sirena. Clara se percató de que se trataba de una ambulancia.

Foster salió a su encuentro.

—Estaba seguro de que estaría aburriéndose sobremanera allí dentro y me he permitido llamarla. ¿No le molestará, verdad?

Ella, la duración de una décima de segundo, vio a «Foster-candidato».

—De ninguna manera — repuso con voz melosa —. Por el contrario, se lo agradezco sinceramente.

Él parecía muy excitado.

—Sobre todo — siguió diciendo—, la he llamado porque lo que ha ocurrido puede interesarle mucho...

Y tomándola por el brazo, le susurró al oído:

—¡Se trata de un «platillo volante»!

—¿Es posible?—preguntó ella con tono incrédulo en la voz.

—Ahora lo verá. La cosa es mucho más espeluznante de lo que parece y hemos de aprovechar el tiempo antes de que llegue una comisión oficial que ha sido requerida y que viene ya de Chicago. Vamos.

La carretera estaba plenamente iluminada y cuando llegaron al final de la otra curva, la siguiente a la que estaba detenido el autobús, tropezaron con un cordón de policía.

—Soy el médico que ha asistido a la mujer. Y ésta es mi esposa., también médico. ¿Nos permiten?

El sargento, que les había seguido en silencio, se adelantó.

—Déjalos pasar, Harry. Yo les acompañaré.

Y luego, cuando llevaban unos cuantos metros andados.

—No debe mentir a la policía, míster Foster; aunque desde luego, si esta señorita no es aún su esposa, usted es el único que lo pierde.

Rieron francamente los tres.

Clara notó que la presión de los dedos del muchacho sobre su brazo había aumentado sensiblemente y aquello le causó un verdadero placer, haciendo que desaparecieran de su mente las preocupaciones absurdas que había sentido en el coche.

Finalmente y junto a la carretera, ligeramente inclinado, vieron el vehículo espacial.

No era muy grande, unos doce metros de diámetro y completamente cilíndrico, achatado por los polos y dotado de una serie de ventanales ovoides a media altura de su cuerpo brillante.

—¿Está… habitado? — inquirió la muchacha con un hilo de voz.

—Hay un cadáver dentro — explicó el sargento —. Pero el otro, por desdicha, se nos ha escapado. Es el que hirió a la desgraciada mujer que ha curado su prometido.

Otra vez aumentó la presión de los dedos de Foster.

Habían llegado a una curiosa portezuela abierta, entornada casi y de la que brotaba una rampa tan brillante como el resto.

—¿Podemos entrar? — preguntó Tora.

—Sí, pero tenemos que darnos prisa. La comisión no tardará en llegar y no quisiera jugarme mi destino.

El interior estaba suavemente iluminado por una luz azulada, cuya procedencia era imposible discernir y un olor acre, extraño y desconocido para el olfato de los hombres, flotaba en el ambiente.

Atravesada la primera sala, dedicada plenamente a máquinas y aparatos extraños y casi inconcebibles, penetraron en la otra mitad del aparato, ya que éste estaba dividido por una pared igualmente metálica, de extraña aleación, en dos partes exactamente iguales.

La otra estancia, si así se podía llamar a aquel departamento, estaba ocupada por dos rampas inclinadas que debían servir de lecho a los ocupantes del «platillo volante». Sobre una de aquellas rampas,

estaba el cadáver de un hombre.

AI principio, Clara no se percató de la anomalía que presentaba aquel ser, requerida totalmente su atención por la contemplación del rostro, que no dejaba de ser ciertamente hermoso.

Tenía los cabellos rubios y ensortijados y sus ojos cerrados le hacían parecer dormido.

Pero cuando su vista descendió hacia el tórax y vio aquellos dos minúsculos brazos, que surgían de debajo de las axilas, se llevó la mano a la boca consiguiendo ahogar un grito de espanto.

—¡Tiene cuatro brazos! —exclamó aterrada.

Foster se acercó al cadáver y Jo examinó con detalle.

—No toque nada, doctor — le previno el policía.

—No, no lo toco, pero acabo de explicarme las extrañas heridas de esa mujer a la que he curado de urgencia.

El sargento y Clara se acercaron curiosamente a él.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó el policía.

—Fíjese, sargento. Estos dos minúsculos brazos, que me parecieron al principio dos órganos atrofiados o en franca regresión, son dos brazos normales, pero terminados en cuatro dedos que, en realidad, con otras tantas ventosas. El monstruo que hirió a esa mujer, chupó ávidamente su sangre.

Clara retrocedió horrorizada.

—¡Pero — exclamó el policía — si parece uno de nosotros!

—Ya sé lo que quiere decir, sargento. Ya veo que tiene boca y dientes y que tendrá, sin duda alguna, estómago e intestinos como nosotros; pero, sin embargo, estos seres se alimentan de sangre, quizá porque en el planeta del que vienen no pueden lograr, con los alimentos que posean, la cantidad suficiente de calorías para poder vivir.

—Rio debe ser divertido el planeta de éstos tipos. Lo malo es el otro que aún anda suelto.

—¡Vámonos, Tom, por favor!

Él la miró con sorpresa, al verse tratado tan familiarmente y sonrió halagado.

—Vamos, querida.

Se alejaban de la astronave cuando un oficial salió a su encuentro.

—¿Son ustedes dos los que han salido del autobús?

—Sí.

—Es el doctor que ha curado a la mujer y su esposa.

—Está bien. Regresen cuanto antes al vehículo. La circulación se ha restablecido y les están esperando para salir.

* * *

Mientras se dibujaba cuidadosamente la línea de los labios, Clara Stanley dejaba vagar la imaginación, solazándose por anticipado de lo poco que faltaba para que el sábado terminase para dar comienzo al fin de semana que le traería, como extraordinario regalo, la declaración definitiva de Tom Foster.

No, no había perdido el tiempo en aquellas tres Semanas que llevaba en Chicago y cuando se dio cuenta de que su compañero de viaje sentía una irresistible atracción hacia ella, consideró que la partida estaba ganada y que podía mirar al futuro con una tranquilidad que no estaba acostumbrada a usar hacia lo porvenir.

Todas las informaciones que se había procurado, como mujer precavida que era, sobre el hombre que la cortejaba, coincidían perfectamente y ahora, en el alegre y esplendoroso presente, conocía el estado de las cuentas corrientes de Foster mucho mejor que nadie y tan profundamente que el propio Tomase hubiese sin duda alguna admirado de uña mentalidad tan minuciosamente contable.

¡Al fin se iban a abrir para ella las puertas que durante tanto tiempo habían permanecido celosamente cerradas!

Sí, no cabía la menor duda de que había aprovechado estupendamente el tiempo.

Se miró detalladamente en el minúsculo espejo que sujetaba con la mano izquierda y se encontró, más que bonita, extraordinariamente atractiva. Bajo la estrecha y blanca frente, limitada por los rebeldes cabellos rubios cortados un pozo al azar según la moda en curso, los dibujados arcos de las cejas insinuaban más los grandes ojos azules en los que el azul artificial sabiamente colocado en los ángulos aumentaba el tamaño aparente y los rasgaban con mayor insistencia.

La línea del rostro, de pómulos algo salientes, se afinaba en el mentón, donde un oportuno hoyuelo ponía una nota picaresca de gran atractivo y bajo la nariz ligeramente respingada, la boca, no demasiado pequeña, pero matemáticamente perfilada, completaban un conjunto que no peligraba de pasar desapercibida.

Guardando el espejo en su bolso, lanzó Una ojeada al cristal del ventanal donde el sol le permitía poder juzgar la línea de su silueta que tampoco dejó de satisfacer el espíritu crítico que la dominaba en aquellos momentos. Sin embargo, ai Ajarse en el detalle de su vestido, hizo una mueca con los labios y frunció ligeramente el entrecejo, imaginándose su cuerpo moldeado en uno de los modelos que solía contemplar incansablemente en las lujosas vitrinas de los más importantes modistos de la ciudad.

«¡No te impacientes, Clara— se dijo—, pronto tendrás todo lo que ambicionas!»

Miró al reloj, que marcaba las dos menos diez, fastidiándole que faltasen aún diez minutos para que sonase la hora de salir. Aquellos minutos eran para ella como para todos los demás empleados los más insoportables largos, sobre todo los sábados.

Incapaz de atender al pequeño trabajo que tenía sobre la mesa, se asomó por el amplio ventanal, lanzando una mirada a la multitud de edificios qué formaban aquella pequeña ciudad dedicada exclusivamente a las investigaciones atómicas Desde allí, cerca de doscientas ciudades, las más importantes de los Estados Unidos, recibían energía eléctrica y térmica procedente de las gigantescas pilas atómicas allí situadas.

Había tenido mucha suerte al ser aceptada por aquella importante empresa, aunque, en realidad, estaba lejos de los edificios, cercados de guardias y vigilantes donde estaban situados los misteriosos aparatos.

Pero, después de todo, Clara no era una mujer demasiado complicada y. le interesaba muchísimo más Ia actitud de Foster que

todos los secretos ocultos tras las edificios que formaban el ala más interna de aquella ciudad atómica.

Faltaban cuatro minutos para salir.

Impaciente, encendió un cigarrillo, siendo incapaz de tomar asiento ante su mesa de trabajo. Nada le importaba ser sorprendida en aquella actitud pasiva, puesto que lo más probable era que dejase de trabajar dentro de muy poco.

En aquel preciso instante, cuando acariciaba sus más secretos proyectos, e3 aparato telefónico se puso a sonar, causándole un cierto sobresalto.

—¿Diga?

—¿Miss Stanley?

—Sí. ¿Quién la llama?

—Aquí del despacho del director. Le rogamos se pase inmediatamente por aquí; se trata de algo muy importante.

Colgaron, dejándola en medio de una gran ansiedad. Luego de haberse repuesto, lanzó una ojeada a su rostro, en el minúsculo espejo de su bolso y salió, dirigiéndose directamente hacia el pequeño edificio situado en el centro del colosal patio que formaban las edificaciones de la empresa y donde se hallaba situado el despacho del director general.

Una señorita alta, con gafas y vestida muy elegantemente, la recibió.

—¿Es usted miss Stanley, verdad? Siento tener que estropear su fin de semana, miss Stanley, pero el director la necesita...

Aquellas palabras cayeron sobre ella como una ducha fría. Rápidamente reaccionó solicitando que la dejasen hablar por teléfono.

Deseo avisar a una persona que me esperaba.

La de las gafas sonrió imperceptiblemente.

—Puede telefonear desde aquí, señorita.

La noticia entristeció naturalmente a Tom, pero se calmó cuando ella le dijo que en cuanto pudiese, domingo por la noche o lunes por

la mañana, obtendría un permiso para que pudiesen, al menos, comer juntos y charlar.

—Adiós, amor mío — dijo el joven.

Momentos más tarde, Clara era introducida directamente en el Imponente despacho del director.

La sobrecogió la tremenda elegancia de aquel lugar y que estaba en perfecta consonancia con el ocupante, ya que ella, no había visto jamás, más que en ciertas aristocráticas revistas, un hombre tan elegantemente vestido como mister Calver, el director de aquella ciudad atómica.

Admiró enseguida la estatura, corpulencia y belleza masculina de aquel hombre.

—Pase, pase, miss Stanley y póngase cómoda. No sabe cuánto lamento el haber tenido que importunarla, pero sé que usted es capaz de hacer un pequeño sacrificio que, de todas formas, será largamente recompensado.

Ella asintió con la cabeza.

La mirada del hombre la turbaba y una extraña sensación se iba apoderando de ella, al tiempo que dejaba que su imaginación volase velozmente por las zonas de los ensueños que le eran más queridos.

Desde el lugar donde había tomado asiento podía ver, a través de los amplios ventanales, el maravilloso coche del director, un modelo único, blanco y descapotable, concebido con las más elegantes líneas aerodinámicas.

Ella se Imaginó cómo sería la vida de aquel hombre y la cantidad de goces materiales de los que gozaría, ya que su sueldo debía ser sencillamente fabuloso.

Empezaron a trabajar casi enseguida y ella fu« tomando notas taquigráficas de todo cuanto él le fue dictando, aunque en el fondo no entendió ni una sola palabra del texto que escribía.

Una hora más tarde, el director ordenó por teléfono que les fuese servido allí mismo el almuerzo para ambos y nuevamente Clara se creyó transportada a un «plató» de película, puesto que jamás se había visto servida y halagada de aquella manera.

La distinción del director era verdaderamente sobrecogedora y la muchacha sufrió lo indecible durante la comida, observando la elegancia y habilidad con que él manejaba los cubiertos, realizando verdaderos «tours de forcé» que la dejaron boquiabierta.

Cuando, durante el café, sorprendió una de las intensas miradas que le dirigió el personaje, hubo de hacer un esfuerzo para que él no se diese cuenta de la forma alborotada que latía su corazón.

Al final de la tarde, cuando, con una naturalidad extraordinaria, al despedirse, él la cogió entre sus brazos, besándola en los labios apasionadamente, Clara se sintió la mujer más dichosa del Universo.

Todo el domingo lo dedicaron al trabajo, pero también hubo lugar para que él se declarase abiertamente y que juntos forjasen un porvenir lleno de felicidad, comprometiéndose, a partir de entonces, formalmente.

Ella, después de conseguir un permiso para todo el lunes, se sentía extraña, como trasportada, por arte de magia, a las regiones más inaccesibles que una criatura humana se atreviese a soñar.

Necesitaba salir de allí, serenarse y, sobre todo, charlar con alguien, volcar el emocionante contenido de su corazón con una persona.

«Si no lo cuento a alguien, me volveré loca de felicidad.»

Apenas si logró dormir la noche del domingo y muy de mañana, con una irresistible impaciencia, telefoneó a Tom, citándole inmediatamente en el «drugstore» donde solían encontrarse.

Clara encontró a Tom tremendamente preocupado y no quiso, por el momento, decirle nada, prefiriendo que el otro fuese quien hablase.

—Estamos corriendo un gran peligro, Ciara, he han descubierto documentos, en el interior del «platillo volante», que han podido ser traducidos. Por ellos nos hemos informado de que los ocupantes del «platillo» eran marcianos y que los dos que llegaron eran técnicos que iban a preparar la invasión de Marte a la Tierra...

Clara apenas si le escuchaba; todas sus ideas giraban alrededor del lujo del que iba a disfrutar muy pronto y que Tom, indudablemente, no podría procurarle nunca.

—No hemos encontrado aún al otro marciano, al que escapó,

después de atacar a aquella pobre mujer. Son seres, al parecer, extraordinariamente inteligentes.

Un precioso «Cadillac» pasaba en aquellos momentos delante del local. Al lado del que poseía el director era casi un vehículo ridículo y pobretón.

—La policía sigue buscando incesantemente...

¿Qué le importaban a ella todas aquellas cosas? Una mujer que se halla en el umbral de la felicidad más grande que ha podido concebir no puede preocuparse de marcianos ni de policías.

Terminó él dándose cuenta de que estaba perdiendo lastimosamente el tiempo.

—¿Te ocurre algo, Clara? — inquirió repentinamente preocupado.

—Nada, Tom. Sencillamente, que soy la mujer más feliz del mundo.

Y, seguidamente, contó, con toda clase de detalles, la entrevista que había tenido con el director y el maravilloso porvenir que la aguardaba.

—He tenido muchísima suerte, Tom. Desde pequeña, cuando vivía en aquella infecta granja, sin más limites que los del estrecho horizonte de campos que la rodeaban, soñaba ya con algo hermoso, porque que sencillamente creía merecerlo...

Había tal tristeza, tal desilusión en la mirada de Foster que, durante unos instantes, ella sintió piedad del muchacho.

Extendió la mano, posándola sobre la del joven.

—Te aprecio mucho, Tom; pero, sinceramente, debes comprender que es hoy muy difícil hacer feliz a una mujer... Estoy segura de que no soy la mujer que te conviene, quizá la gente me considere ambiciosa, Tú encontrarás una sencilla y linda muchacha que te hará dichoso.

Y después de una pausa:

—¿Verdad que no rae guardas rencor, querido?

¿Guardarla rencor? Foster estuvo a punto de estallar en carcajadas, pero se contuvo a tiempo.

—Ningún rencor, querida.

Y era la verdad. Ella misma, dejándose llevar, una sola vez, por la sinceridad, habla desnudado por completo su verdadera personalidad ante él, haciéndole ver — I afortunadamente a tiempo!—del tremendo peligro que había escapado.

De golpe, una alegría desmesurada se apoderó del joven:

—Espero que seas muy feliz, Clara, puedes estar segura de que te lo deseo de todo corazón. Además, no me será posible faltar a tu boda, ya que su categoría me obligará a asistir como periodista.

* * *

El enlace causó verdadera sensación...

Todo el Chicago elegante y oficial asistió a la boda. Jamás se habla visto una tal afluencia de vehículos y gentes y Clara, sin ningún género de dudas, pudo considerarse la mujer, en aquel día, más popular y envidiada de toda la ciudad y de otras muchas de los Estados Unidos.

El mejor modisto de Nueva York había confeccionado su vestido de novia; el mejor ¡zapatero de Boston, sus escarpines cuajados de diamantes; los más famosos joyeros londinenses realizaron la maravilla de las joyas que la ornaban y un famosísimo peluquero parisiense, especialmente llegado en avión, hizo realidad el ensueño artístico de su peinado.

Ella no vio a Tom, por la sencilla razón de que no veía a nadie, porque estaba profundamente concentrada en la dicha que sentía y porque, como todos los seres encumbrados súbitamente, había aprendido demasiado deprisa y sin necesitar profesor alguno a despreciar a los demás.

El banquete reunió cerca de dos mil personas y el baile, al atardecer, se prolongó hasta altas horas de la noche.

Clara bailó mucho, muchísimo, con hombres que nunca había soñado ver fuera de las primeras páginas de los periódicos y de las pantallas de la televisión.

Estaba realmente bella.

Muchos hombres miraban al director afortunado con verdadera envidia, pero también muchas mujeres miraban con entusiasmo apenas contenido al director.

El coche que tanto amaba la señorita Stanley les llevó, ya bastante tarde, a la lujosa residencia del director en el centro de la ciudad atómica.

Hacía calor y él, una vez bebieron un «whisky» en el salón, dijo con voz cargada de ternura:

—Perdona, amor mío, voy a ducharme.

Ella, repleta de una emoción trascendente, pasó a la lujosa alcoba, contemplándose, con arrobo, en todos los espejos que le devolvían, con justeza y precisión, su elegante imagen.

Mirándose a uno de ellos, no pudo por menor de decir:

—¿Te das cuenta, miss Stanley? Has logrado lo que deseabas y hete aquí la mujer más rica, poderosa y feliz del mundo…

El ruido de la puerta que se abría le hizo volver la cabeza.

No pudo gritar.

En el dintel, su esposo avanzaba sonriente hacia ella. Pero los aterrados y desorbitados ojos de la muchacha no podían separarse de LOS DOS MINÚSCULOS BRAZOS QUE PARECÍAN SALIR DEL PECHO DEL MARCIANO.

FIN



¡NO SALGAMOS AL ESPACIO!

El viaje había sido iniciado. Todo marchaba bien…

EXCEPTO EL CEREBRO DE LOS SEIS HOMBRES QUE SECUNDABAN AL PROFESOR FRANCÉS Y…

¡ALGO HORRIPILANTE QUE LES AGUARDABA EN EL VACÍO Y NEGRO EXTERIOR!

¡Usted sentirá la tensión vivida por los personajes de esta próxima novela, debida a la desbordante fantasía de LAW SPACE!

COLECCIÓN ARIZONA

LLEGA A GALOPE DESENFRENADO



[1] Observaciones publicadas en la Prensa mundial.